

TU RECUERDO

HEATHER HAMILTON

Tu recuerdo

by:
Heather Hamilton

Título: tu recuerdo

©Heather Hamilton

©Tu recuerdo, 2018

©imagen original de portada: pexels.com

©Safecreative: 1809278537916

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Capítulo 1

—¡Padre! —gritó Hellen, sin ser consciente de que le había llamado.

La noche cerrada, con la única luz de una luna menguante que, de vez en cuando quedaba oculta tras las nubes, no le ofrecía ninguna visibilidad a la joven de 18 años, cuyas manos temblaban al compás de su corazón latía. Se había sentado en la cama, pero el brazo en el que se apoyaba casi no podía sostenerla. Sudaba, mas tenía frío pese a estar en el mes de junio.

Quiso relajarse, pensar, pero no podía. Su palpitante corazón amenazaba con salirse del pecho por mucho que ella quisiera sujetarlo con su mano derecha, y la respiración se había vuelto enemiga.

La oscuridad tampoco ayudaba, aunque cuando una nube se apartó del camino lunar, deseó que volviera a estar todo negro: el balcón estaba abierto de par en par, el viento casi mudo bailaba con las cortinas cuyas sombras grotescas amenazaban con lanzarse sobre ella para devorarla, aparecían extraños seres entre los muebles y acabó por quedar bien sentada, abrazada a sus rodillas, llorando, creyendo que alguien había bajo su cama preparado para salir.

Escondió la cabeza entre los brazos, no quería ver quién la iba a matar ni saber como lo iba a hacer, únicamente deseaba que fuera rápido y lo menos doloroso posible.

El sonido de la puerta de la habitación al abrirse y la luz al encenderse tras dar al interruptor, no los escuchó. Su llanto se lo impedía. Lloraba con fuerza, compungida, cada vez más mojada en sudor, llamando a su padre, que siempre había acudido en su ayuda.

Mas ¿dónde estaba esa noche?

Una mano comenzó a acariciar su cabello. En un primer momento, se encogió más, intentando escapar, pero empezó a percibir un olor lejano. Por momentos volvía, por momentos se alejaba, pero nunca desaparecía del todo.

Tampoco dejó de llorar, aunque sí de llamar a su padre y, muy despacio, su corazón disminuyó su agresividad.

—Cálmate hija, ¿qué ha pasado? —preguntó una vez conocida pero lejana.

Hellen seguía compungida, temblorosa y muy asustada. La voz le era cada vez más cercana, al igual que el olor y las caricias eran muy dulces. Suaves, delicadas... No le parecía que fueran a hacerle daño, y deseando saber quien estaba, alzó la cabeza.

Su rostro no era angelical. Ella, que siempre sonreía a aquel hombre, se le mostró enrojecida, con las lágrimas que se mezclaban con la mucosidad en sus labios y mandíbula, incapaz de hablar, ni de distinguir nada a primera vista.

—Hellen, ¿qué ha pasado? —preguntó de nuevo con su voz calmada, interesado en lo que le sucedía.

La joven no sabía que decir. Le estaba preguntando por algo que ella desconocía pro completo, pues ¿qué pasó? ¿Cuál fue el motivo de su miedo?

Hellen observó primero con dificultad a su padre hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz. Estaba sonriente, con el cabello revuelto, la miraba con cariño y acariciaba su hombro. No pudo contener su cuerpo: le abrazó con fuerza volviendo a llorar. Siempre estaba cuando ella le necesitaba, nunca le fallaba.

Él la abrazó con fuerza, continuó acariciando su cabello, le añadió unas caricias más en su espalda y al besó en el cuello repetidas veces como cuando era niña.

Y como le pasaba en aquel entonces, el efecto era tranquilizador. Muy

poco a poco, su corazón se relajó y empezó a ser dueña de su respiración.

Cuando lo hizo, se apartó por un momento de él y observó al habitación: no había sombras, no había ruidos, ni tampoco extraños que la quisieran devorar.

—¿Puedes hablar, Hellen? —preguntó el padre interesado, con cariño y ofreciendo un pañuelo a su hija para que se limpiara.

La joven no dijo nada. Tomó el pañuelo y se limpió.

De pronto, un calor cada vez más sofocante, la rodeó con fuerza, mientras ella continuaba sudando, con el camión totalmente pegado a su cuerpo y con sus mejillas que pasaban de un blanco casi mortal a un intenso rojo, superior al color de la amapola.

—Ya comprendo —dijo el padre—. No te preocupes; ha sido una pesadilla. Es normal que las tengas, son muchos los cambios que te han venido en los últimos meses, y tus amigas, no me cabe la menor duda, no han sido el mejor apoyo ni el que necesitas.

Hellen le observó sin comprender, como era que él supiera aquello que ella ocultaba tan bien. Le parecía algo casi imposible. El rojo de sus mejillas menguó, pero un intenso frío la rodeó sin dejar ni un pelo de su negra cabellera por escapar.

Pero su padre se percató de ello.

Se puso en pie ante la mirada de su hija, dirigió sus pasos a la puerta y llamó al ama de llaves, quien debió de estar cerca, pues llegó pronto y le habló algo que no llegó a los oídos de Hellen.

A continuación, regresó junto a ella, a la cual con la ayuda de una toalla que encontró en un silla cerca de la puerta, limpió el sudor del rostro y de los brazos, como si fuera una niña pequeña.

—Gracias padre —dijo al fin.

—De nada. Toda tu vida has tenido pesadillas, pero desde hace algunos

meses, todo se ha complicado. Dime, ¿quieres hablar?

—Padre, todos me dicen que lo tengo todo: dinero, amigas, un padre que me quiere y es el Conde de Oxford, criados que cumplen mi más pequeño deseo, buenas notas... Pero... ni es mi mundo ni es mi deseo.

—Comprendo. ¿Qué deseas?

—No lo sé —respondió con la voz entrecortada, a punto de volver a llorar.

—No llores o enfermarás. Dime, ¿qué te gusta?

—El jardín, la lectura, el cine, la música clásica...

—¿Y qué tiene todo eso de malo? —preguntó con una sonrisa complaciente— A cada persona le gustan diferentes cosas. No a todas las chicas les gusta lo mismo, como a todos los hombres no les gusta lo mismo. ¿Me has visto tomar alcohol? ¿Me has visto fumar? Si a tí esas cosas te preocupan, a los demás también.

Hellen le observó. Su padre siempre sabía qué decir y qué hacer. Pese a que ella era diferente a las demás, nunca le dijo nada al respecto, nunca se mostró molesto. Sonrió con timidez antes de dejar escapar un profundo suspiro: se había comportado cual niña pequeña.

Justo en ese momento, llegó el ama de llaves con una bandeja que colocó en la mesita, al lado de la cabecera de la cama.

—Traigo un té de frutas —dijo—. Es el que más le gusta, estoy segura de que lo calmará.

—Marta —dijo Hellen casi en un hilo de voz—, ¿cuánto llevas trabajando en esta casa?

—Pues desde que su padre vino a Londres, hace 14 años, casi 15 —respondió la mujer mirando a la joven triste, con las manos enlazadas.

—Ya es hora que me llames por mi nombre como yo hago contigo. No quiero criados —respondió llorosa—. Para mí no lo eres ni tí ni los demás.

—Pero Hellen, cuando viene visita...

—¡Qué les den! —gritó con el rostro de sus amigas en la mente.

—Como deseas. Muchas gracias Hellen.

—No tienes nada que agradecer. Mañana díselo a los demás,, por favor —dijo limpiándose las lágrimas.

—Sí. Pero intenta tranquilizarte, no quiero que enfermes —dijo con una leve sonrisa que Hellen no pudo ver, pues volvía a llorar de nuevo con fuerza.

Su padre, se sentó en la cama junto a ella.

—Creo que deberíamos hablar. ¿A qué temes? —preguntó con calma sin presionarla. De hecho, sirvió el té y se lo entregó a la joven, quien bebió un sorbo saboreando las frutas que contenía el té y entre las cuales empezaba, después de un par de sorbos, a detectar aroma de frutas del bosque.

—Tengo miedo a que me devoren —confesó tras un rato pensando si debí o no contar aquello tan infantil.

—Eso es miedo al abandono —dijo su padre pensativo.

Aprovechó para tomar un poco de té, mientras veía a su hija con la mirada perdida. Al menos había dejado de temblar.

Pero Hellen tenía mucho miedo. Demasiado. La conversación con sus amigas la había llenado de dudas y temores. Ella siempre había tenido pesadillas, ser diferente a las demás chicas era algo que no comprendía nada más que quien lo era, y con la llegada del fin del instituto, las cosas se complicaron.

No tener madre le cerró muchas puertas. Hablaba con las criadas, la aconsejaban y la escuchaban, nunca le decían nada, incluso en un ocasión, la cocinera no sirvió la cena en el momento adecuado durante una recepción de su padre, por estar escuchándola. Y otro día, el cochero, al ver que salía llorando del Instituto, no la llevó a las clases de equitación como cada viernes, lo que hizo fue llevarla a dar una vuelta por Southwark, donde le

mostró el Real Teatro Nacional, el Auditorio de la Reina Isabel, la Noria del Milenio y la Catedral de Southwark y a la vuelta, el Museo Nacional Británico de Arte Moderno.

Pero se veía diferente y se sentía diferente.

Para quienes vivían en la casa era no era ningún problema, mas para ella sí.

—¿Te sientes mejor? —preguntó al ver que la joven ya no sudaba tanto ni temblaba.

Hellen, sin embargo, no le escuchó, su mente estaba bloqueada por los amargos recuerdos que se anteponían a los dulces momentos en la casa, no se percató de que su cuerpo empezaba a estar más calmado. La sangre le ardía en las venas, pero todo lo demás estaba sereno, al contrario que su mente.

Sin darse cuenta, devolvió la taza vacía a la bandeja, se tumbó en la cama y agarrada a la mano de su padre, se durmió.

En su mente, había un jardín japonés. Era un lugar tranquilo, sereno. Se escuchaba el murmullo del agua cristalina brotar de una pequeña cascada y recorrer un riachuelo que para ser cruzado disponía de una puente de madera. Para caminar por allí se usaban los caminos de grava. También había árboles en cuyas ramas varios pájaros habían construido sus nidos en los cuales criaban a sus crías. En aquel jardín se podían ver dos figuras de mármol: un elefante y un buda. Algunos peces nadaban con su cuerpo ágil y sus colores llamativos, acompañado en color a las flores que en orden, decoraban el verdor del lugar.

El elefante era casi tan grande como ella, pues se subía allí y jugaba imaginado que iba por la selva, acompañada de un niño de su edad al cual no veía el rostro, pero que sabía, era su amigo.

Sonrió con aquel sueño, lo disfrutó de tal modo que, cuando despertó, se sentía realmente bien. De hecho, se levantó tarareando, se duchó cantando y

bajó las escaleras casi corriendo, con el cabello suelto, con una camisa hasta la cadera de seda en color azul claro, con cuello cerrado y aberturas laterales, con motivos florales en rojo y almendra, acompañada de un leggings en color azul claro hasta un poco más bajo de la rodilla. Llevaba unos zapatos de lona de punta redondeada en azul, con bordados florales y de poco tacón, con un cierre de botón.

Llegó casi corriendo al comedor. Su mirada estaba brillante y su sonrisa era amplia. Brillaba de felicidad.

En el comedor, su padre se encontraba sentado a la mesa, esperándola, con el desayuno completo. El ama de llaves también se encontraba allí, de pie, esperándola.

—Buenos días —dijo caminando ya hacia su lugar en la mesa.

—Buenos días, Hellen —respondió su padre—. Te esperaba. ¿Estás mejor?

—Sí padre —respondió tranquila sentándose en la silla—. Perdón por lo de anoche, me comporté como una niña pequeña.

El ama de llaves, al ver que se sentaba, le sirvió el desayuno inglés que, sabía, a ella le encantaba: una salchicha asada, dos lonchas de bacon, un huevo, un tomate y una rebanada de pan, zumo de naranja y un café.

—No es por nada, pero vas a llegar tarde al Instituto.

La voz de su padre al apuñaló por la espalda con un hierro candente. Palideció de inmediato y dejó, temblorosa, el tenedor a un lado. La felicidad que sintió apenas dos segundos antes desapareció borrada por un tornado que dejó el espeso bosque, convertido en un desierto de arena.

—Vaya, ya ha tenido que meter la pata —dijo el ama de llaves, quien se sentó en la silla contigua a la de Hellen y, con la misma confianza que al joven le tenía, le habló—. Dime, ¿es necesario que vayas?

La joven no supo que responder. La miró casi llorosa, buscando en su

mente cualquier excusa para no ir, pero no encontraba ninguna, el laberinto se había construido sin salida.

—Responde con la cabeza. ¿Tienes el título en casa? —preguntó, recibiendo como respuesta un movimiento afirmativo de cabeza— ¿Te quedan clases a las que asistir? —Hellen le respondió con un movimiento negativo de cabeza— ¿Tienes libros o ropa? —preguntó de nuevo, recibiendo un movimiento positivo— En ese caso, pediré al cochero que vaya y la traiga. Pero a cambio, no llores. Y cómete todo el desayuno.

Dio un beso a Hellen en la frente antes de levantarse y cumplir con orgullo la misión que ella misma se había auto-impuesto.

La joven sonrió agradecida: ya no volvería al Instituto. Era el momento perfecto para pensar que haría con su vida, pero antes, descansaría, y quizás, podría poner rostro al fin al niño de su sueño.

Pero antes, desayunaría.

Capítulo 2

La mañana fue más o menos tranquila. Hellen fue testigo desde la ventana de la inmensa Biblioteca de la charla entre el ama de llaves y el cochero. No se enteraba, pero tampoco el hacía falta. Dejó escapar un profundo suspiro de alivio antes de sentarse en el sofá con un libro entre sus manos, dispuesta a devorar la lectura.

Tan centrada estaba en la trama que las horas pasaron sin que ella se diera cuenta, hasta que el móvil, la hizo sobresaltarse tan violentamente, que pasó de estar recostada, con los pies en el sofá y la cabeza en el reposa brazos, acomodada por la ayuda de un cojín, a estar sentada, con el libro en una mano y la otra en su pecho:

—Si padeciera del corazón, moriría —dijo para sí, antes de levantarse algo nerviosa, con las piernas temblorosas para atender la llamada.

Al contrario que muchas personas, ella no era amiga de la tecnología. Tomaba el móvil cuando era preciso y el ordenador cuando tenía que realizar algún trabajo. Leer leía solo en papel y escuchaba música en el tocadiscos de su abuelo.

Por ello tuvo ciertos problemas a la hora de dar con su iPhone 6s Plus, pero cuando lo hizo, tras abrir cajones, puertas, retirar cojines e incluso buscar bajo el sofá y los sillones, lo encontró debajo de tres libros que sobre una mesa pequeña esperaban a ser leídos.

Sin embargo, la llamada proseguía, quien llamaba insistía una y otra vez: era Eve. Hellen quedó con el móvil en la mano. Desconocía si debía o no aceptarla. Ganas no tenía, sabía lo que iba a decir... Se resignó y sentada, aceptó que era imposible para ella decir no a ciertas personas que se

preocupaban más de sí mismas, que de los demás.

—Diga —respondió tras aceptar la llamada.

—Hellen, como no te he visto en el Instituto no te he invitado y te llamo —dijo Eve hablando, como siempre, muy rápido—, estoy en el Centro Comercial y no veas las ofertas que hay. Los bikinis son diminutos a los chicos les va a flipar, este año vamos a tener a los chicos detrás como Top Model, claro si tú te quitas esos kilos de más, deberías de someterte a una liposucción y dejarás de ser virgen. Ya lo verás. Y no nos olvidemos de ese pelo tuyo...

Hellen apartó el móvil de su oído. La charla de Eve no le era interesante, para ella, que podía haber preguntado por su salud, podía haber preguntado si... Pero era Eve; la adicta a las compras, la que nunca preguntaba, hablaba y opinaba le interesara a los demás no lo que ella tuviera que decir.

Lloró angustiada con la mano en la boca para no emitir ningún sonido, pero el vaso de su paciencia había rebosado. Sentía unas ansias casi incontrolables de arrojar por la ventana todo lo que tenía delante, por mucho que fuera algo que le gustara mucho o fuera tan valiosos como el jarrón Ming que su padre compró en una subasta por casi 1 millón y medio de euros, pero al mismo tiempo, sabía que no serviría de nada, debía valerse de su fuerza de voluntad para poder enfrentarse a Eve.

Mas esa fuerza no estaba de su lado.

Se acercó el móvil al oído por si aquella chica había terminado ya el monólogo, pero no tuvo suerte:

—... ya tienes una edad en la que debes pensar en el matrimonio. Haber ¿qué tienes que ofrecer a un hombre? Depílate, ponte ropa sexy...

Volvió a apartar el móvil y lo dejó en la mesa, mientras encogida, esperaba que aquella tormenta que le golpeaba las sienes y el estómago se aplacara. Pero no parecía querer hacer tal cosa. Al contrario, aumentaba la intensidad.

Hasta que una de las criadas, al entrar para limpiar, la descubrió. No dijo nada, únicamente se acercó al móvil, lo tomó y escuchó un momento, tras el cual colgó, no sin antes dar un pequeño consejo que asombró tanto a Hellen como al ama de llaves que hacía su entrada con las pertenencias que el cochero había recogido del Instituto:

—¡Lávese la boca con lejía!

Volvió a dejar el móvil en la mesa y comenzó a limpiar, segura de haber hecho lo que debía hacer: ayudar.

El ama de llaves entró en la sala. Dejó las cosas en el sofá y observó a Hellen.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja.

—Sí, ahora sí —respondió limpiándose las lágrimas—. Eve se merecía que alguien le dijera las cosas, no riñas a Melissa.

—No lo haré —dijo—, pero deberías de hablar con tu padre, está preocupado por ti.

—¿Y qué le digo? —preguntó Hellen encogida en el sofá, abrazada a sus piernas frustrada y dolida— ¿Qué mis amigas son poco menos que prostitutas? ¿Qué les interesa más el dinero, las compras, el sexo y las fiestas que la salud o un mísero libro? No lo entendería, es un hombre.

—Será un hombre, pero tienes que hablar con él, seguro que te puede aconsejar —respondió el ama de llaves con dulzura, haciendo que Hellen se relajara.

La joven, comenzó a pensar que quizás Marta decía la verdad, al fin y al cabo, su padre siempre estaba a su lado: cuando enfermaba, cuando se caía, cuando tenía problemas con los estudios, cuando no comprendía algo... Quizás pudiera ayudarla.

Recordó que en la noche, su padre quiso saber qué le pasaba y le dio un buen par de consejos. ¿Por qué no intentarlo?

Bajó las piernas, se puso en pie y se dirigió al despacho donde sabía, su padre estaría trabajando como cada mañana hasta las dos, aunque siempre tenía tiempo para dedicarle.

Además, prefería aprovechar el valor cuando lo tenía, pues le duraba poco.

Llamó a la puerta del despacho que, sin embargo, se abrió sola como si una mano invisible hubiera girado el pomo. Se sobresaltó, su padre cerraba siempre, estar la puerta abierta significaba que no se encontraba allí, pero entonces ¿dónde? El valor para hablar no al iba a acompañar mucho, de hecho, empezaba a dudar de que fuera buena idea.

Mas al entrar descubrió que su padre sí estaba en el despacho. Se encontraba de espalda a la puerta, mirando por la ventana, con las manos detrás esperando.

—¿Padre? —preguntó sin saber si podía o no entrar— ¿Puedo pasar?

—Siempre Hellen, siempre —respondió, al tiempo que se daba la vuelta y le indicaba el sofá.

La joven se acercó y ocupó el asiento que su padre le señalaba, pero él no se sentó a su lado en ese momento, dirigió sus pasos a la puerta que cerró con cuidado y, a continuación, la observó sonriente.

—Dime, ¿continuamos la conversación de anoche o empezamos una nueva? —preguntó dirigiendo sus pasos al bar de su despacho situado en una zona cerrada con puerta y pestillo donde tenía diferentes tipos de refrescos y algo de coñac y brandy exclusivo para los invitados— ¿Qué quieres beber?

—Continuamos la de anoche y quiero refresco de limón —respondió sin saber muy bien que decir, le parecía que había sido una idea muy mala.

—Muy bien —dijo mientras tomaba la botella de refresco y dos vasos—, pero no me especificaste nada, pero estabas aterrada.

—Sí, lo sé —respondió aceptando el vaso y dejando que su padre se lo

llenara—, y no creo que lo comprendas. Eres un hombre.

—¿Y por ello no tengo sentimientos? —preguntó mientras se llenaba él mismo el vaso— Hellen, todo ser vivo que no sea un psicópata, tiene sentimientos. Yo también tuve 18 años.

—Supongo... —dijo apagada observando el vaso lleno— pero no sé muy bien que puedo hacer o decir.

—¿Y si hacemos un juego? —preguntó el padre bebiendo un sorbo de refresco.

—Padre, no tengo 5 años, sabía que era una mala idea —respondió dirigiendo sus mirada a la ventana no quería que su padre la viera con los labios prietos y el ceño fruncido.

—¿Me das una oportunidad? —preguntó sonriente.

Hellen no dijo nada, se encogió de hombros resignada, pero si ella no podía contar con nadie, como eso parecía, significaba que estaba sola en al vida con un montón de problemas en los que desconocía cuando se metió.

—Pues el juego es sencillo. Yo hago una pregunta y tu me respondes lo más rápido que puedas con lo que se te ocurra en relación a la pregunta —respondió seguro de que Hellen le vería la utilidad al cabo de un rato.

Aunque ella lo veía más similar a uno de esos programas de televisión cutres en los cuales la gente quiere ganar dinero lo más fácilmente posible.

—Tu amiga Eve.

—Compras, críticas, orgullo, hipocresía.

—Instituto.

—Diploma, orgullo, fin.

—Novios.

—Nada.

—Tu amiga Rose.

—Fiesta, alcohol, sexo, mentira.

—Familia.

—Tú.

—Tu amiga Meghan.

—Prostituta, sexo, chicos, variedad.

—Futuro.

—Incierto, oscuro, solitario.

El Conde se había bebido el refresco sin darse cuenta y Hellen hizo lo mismo, aunque no tardó en darse cuenta de que, en realidad, su padre le había hecho ver las cosas de otra manera.

Sus amigas, igual que ella, había madurado y tomado distintos caminos que se alejaban del que ella había elegido para sí, aunque su camino no parecía que fuera mejor al de ellas.

—Cada persona es diferente Hellen, ve las cosas de otra manera. Termina tu etapa en el Instituto y comienza la Universidad. Te han aceptado en Oxford por tus notas, yo no he intervenido, pero si tú no quieres ir a la Universidad es tu decisión, sé que no te hace ilusión. Es tu vida, son tus decisiones, yo te apoyo y, cuando quieras, aquí estoy. Anoche me dijiste lo que te gustaba, que es lo mismo desde que eras pequeña, pues bien, te propongo algo: id este verano a Hampstead Grove. Descansa allí, céntrate y decide tu próximo paso. Si lo haces ahora, tienes muchas posibilidades de cometer errores, pero si piensas con calma, las posibilidades de cometer errores disminuirá.

Hellen escuchó las palabras con atención, observando el vaso ya vacío. Su padre la había comprendido a la perfección, dando una solución y un apoyo que no sabía como agradecer.

—Gracias padre —susurró con una sonrisa iluminando la palidez de su rostro que, sin embargo, comenzó a volverse rosáceo devolviendo la luz de la vida con timidez.

—No hay de que —dijo él con una sonrisa—, pero la próxima vez, habla conmigo antes.

—Ahora que lo dices... hay algo pero no sé si también con eso podrás ayudarme —habló dispuesta a encontrar una respuesta.

—Dime con confianza, no te juzgaré.

—Es un sueño que tengo desde hace tiempo: un jardín japonés en el que juego con un elefante de piedra y un niño de mi edad que dice protegerme —dijo pensativa, intentando recordar algo más concreto.

—Eso fue en Japón, cuando fui enviado allí —respondió el padre sin tardanza—. Mientras yo trabajaba te cuidaba un matrimonio que tenía un niño que se llamaba Hikari. Os llevabais muy bien, pero a mí me devolvieron aquí y al padre también lo trasladaban aunque cuando nos vinimos aún no sabían dónde.

—¿Y por qué ahora tengo ese sueño? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Porque cuando nos bloqueamos, nuestra mente nos hace recordar el tiempo en el que todo nos iba bien y nos sentíamos seguros —respondió el padre—. No te agobies. Nos iremos en un par de días.

Hellen soltó el vaso para abrazar a su padre. Realmente, Marta tenía razón, su padre sabía cómo ayudarla y era algo que había olvidado sin saber motivo, era muy difícil que una adolescente comprendiese siempre a su padre, pero él ya le había demostrado que sabía perfectamente el modo de aliviarle los pesares.

Para ella, cuando era una niña, que un niño tenía que tener madre y padre para tener todo lo necesario para desarrollarse, pero a ella la había puesto su padre con 18 años, estaba bien de salud, tenía un hogar, ropa, comida, educación, cariño, respeto... Y eso que de pequeña, muchas personas decían: “qué lástima que no tiene madre”, “un hombre solo no sabe criar a una niña” y

cosas parecidas que a ella, en aquel momento, le parecían verdad, aunque en ese instante tras aquella conversación y un juego que le había hecho ver cosas increíbles, empezaba a comprender que eran palabras como las de Eve, Rose y Meghan, que creían, tenían la razón y todo el mundo debía ser como ellas.

—Perdona padre —dijo con una sonrisa casi infantil.

—¿Por qué— —preguntó el padre sonriente, sin saber bien que quería decir su hija, pues él no tenía motivo para perdonarle nada.

—Creí que por ser un hombre...

Su padre comenzó a reír con ganas ante aquellas palabras, sabía lo que iba a decir, lo había oído de decenas de personas en los últimos 14 años.

—Pero Hellen... también creían cuando llegó el euro que todo cambiaría y no he perdido ni a uno de mis inquilinos, y muchos llevan más de 20 años viviendo en la misma casa y yo cobrando el alquiler, no te agobies, te lo he dicho. Relájate, sigue adelante y haz oídos sordos a quien te quiera sacar de tu carril. Su cambias de carril, que sea cosa tuya y de nadie más. Y ahora, empieza con el equipaje.

Capítulo 3

Hellen pasó los días siguientes como si estuviera en una nube sin sentir lo más mínimo. Apartada de la realidad, ajena a todo. Su padre le hablaba y la trataba con normalidad, pero ella, pese a que deseaba responder, no conseguía que la palabra saliera de la boca.

—Vamos Hellen —dijo su padre una vez llegaron—, sé que el camino no es largo, pero si quieres, puedes descansar.

La joven caminó hasta la puerta, despacio, pisando el camino de grava antes de subir los cuatro peldaños y entrar en el hall.

La casa era inmensa, con diversas habitaciones, varios salones, un par de comedores e incluso un salón de baile donde a Hellen, de pequeña, le gustaba imaginar que bailaba con un hermoso vestido blanco, ante miembros de la alta clase social y de fondo, una noche de verano y unos músicos tocando Vals de las flores de Tchaikovsky. Los cuadros de pintores del pasado representando a personajes de los siglos XVIII y XIX, e incluso del XVII, daban a la casa un aire de nostalgia, historia y sueños que desconocía si se cumplieron o no.

Para Hellen aquella casa era mucho más que un lugar con ladrillos rojos y una colección de muebles, de corazón y porcelana china y de otros países. Existen instrumentos musicales con teclas de la marca Benton-Fletcher. Era la casa de unos veranos maravillosos en los cuales su padre nunca la dejó sola, nunca la abandonó, e incluso jugaba con ella al balón, la empujaba en los columpios y cada año, plantaban un nuevo rosal. Ya había 17, el número 18 aún no estaba plantado.

Pero no se dedicó a ir a verlos, subió directamente a su habitación donde no se tumbó, quedó frente a la ventana, observando el jardín donde el seto

cuidadosamente recordado, mezclaba muros con puntas de abetos y pinos, a sí como varias macetas grandes bien situados, algunos blancos de madera y hierro, diversas estatuas de siglos pasados con ropas antiguas y varias flores de varios colores y olores.

El jardín parecía francés, pero era de los más hermosos que había visto. Casi tanto, como el jardín de sus sueños.

—Hellen —dijo el ama de llaves—, tu equipaje.

La joven no tardó en darse la vuelta, con los ojos muy abiertos la mano izquierda en el alféizar de la ventana y la derecha en el pecho.

—Lo siento mucho, no quería asustarte —dijo el ama de llaves con rapidez dejando en el suelo alfombrado las dos maletas—. Perdóname.

—Tranquila, estoy bien, solo estaba mirando el jardín. Perdóname tú.

—El jardín está hermoso, Brian se está esforzando mucho —dijo caminando hacia ella—. Las rosas están inmensas. ¿Qué color de rosa vas a plantar este verano?

—No lo sé —respondió con cierta dificultad para respirar.

—De verdad, has estado mal y ahora mira lo que he hecho, lo siento —dijo triste—. Ven a la cocina, toma algo te relajará.

Hellen obedeció. Se encontraba bien, tampoco había sido un susto tan grande, pero hacía días que la sobre-protegían. De modo que en la cocina, donde fue sin ganas, se tomó la infusión, esperando a una pregunta que sabía, no podía responder.

Aunque no tuvo esa pregunta en ese lugar. La cocina, por suerte, quedó en silencio, sin incomodidad, con la elección de un almuerzo y de una cena que la cocinera iba a preparar al gusto de Hellen, aunque ella también pensó en su padre y pidió que le fuese preparado su postre preferido.

—Siempre pensando en tu padre. Le quieres mucho ¿verdad?

—Sí. Mucho. Claro que le quiero —respondió con una sonrisa—, él

siempre está cuando le necesito, siempre me acompaña y piensa en mí, ¿cómo no voy a pensar en él?

Sonriente se puso en pie para salir de la cocina, cuando el móvil le sonó y su semblante cambió. Lo sacó del bolsillo de su pantalón vaquero, miró al pantalla y lo dejó en la mesa de mala gana, tras leer el breve mensaje recibido:

“Idiota, no sabes lo que hacer. Tenía un billete para irnos todas a Cap d’Adge en Francia. Las tres venimos con chicos y haremos intercambios de pareja. Bueno, me debes dinero”:

El ama de llaves leyó el mensaje y respondió fingiendo ser Hellen. Preguntó por el dinero e indicó que pagaría en agosto con una transferencia bancaria.

—Creo, lo mejor es que hable con el Conde —dijo—. Pobre Hellen.

—No será tanto dinero si pagamos entre todos —dijo la cocinera.

—¿Pagar qué? —preguntó el Conde.

El ama de llaves entregó el móvil y mostró al padre de Hellen el mensaje, ante el cual el rostro le cambió por completo.

—Yo me ocupo —respondió con cierta dificultad—. Gracias.

—Por lo que más quiera, no le diga nada a Hellen, ella no es como esas chicas —dijo la cocinera.

—No tengo porque cuestionar a mi hija, ahora sé por qué estaba tan mal y me habló en Picadilly como lo hizo —dijo serio—. Y lo que más quiero en este mundo es a mi niña.

Salió de la cocina en busca de Hellen, a la cual encontró en el exterior, sentada en un banco frente a la casa con el seto detrás, con la ropa que tanto le gustaba: aquellos leggings corsarios y aquella camisa al estilo quipao. Tenía la pierna izquierda sobre la derecha y el cordón de la zapatilla de deporte caía suelto casi hasta la otra zapatilla. Su mirada perdida parecía perdida en las

vueltas de la pulsera que decoraba su muñeca derecha. En la izquierda llevaba el reloj de plata que le regaló cuando entró en el instituto. De aquella manera parecía mayor de lo que era, pero no podía pedirle más de lo que ya le daba. Además, le parecía la niña más hermosa. Era una niña de alma pura cuyos cabellos negros parecían ser lo de un ángel y sus ojos, del mismo color, se asemejaban al cielo nocturno.

—¿Qué necesitas, Hellen? —preguntó al verla tan triste.

Sin embargo, la joven no respondió. La preocupación y temor a que aquello pudiera ser perjudicial para su padre casi le dolía más que el trato de sus amigas que encandiladas por las novedades no eran capaces de ver que el límite había sido traspasado hacía mucho.

Al ver que no respondía, se le acercó un poco más, arrodillándose y tomando entre las suyas las manos de su hija enlazadas sujetando la rodilla, habló:

—Yo me ocuparé de las cosas, pero intenta dejar la preocupación —dijo con una sonrisa.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? —preguntó clavando sus ojos en los de ella.

—Bien sabes que mientras tenga un despacho puedo trabajar donde sea —respondió con calma—. Y recuerda que yo trabajaba aquí antes de que tu empezaras el Instituto.

Hellen esbozó una sonrisa, lo mínimo que podía hacer por su padre era ponerle las cosas más fáciles, y eso pasaba por comenzar de nuevo.

—¿Sabes, padre? Quiero empezar de cero.

—Pues te ayudaré —respondió poniéndose en pie—. ¿Por dónde comenzarás?

—Por atarme el zapato —dijo serena—, o en mi primer paso, me caeré sin remedio.

Su padre empezó a reír. Pese a lo que padecía su hija, se esforzaba por seguir adelante, no había perdido el humor y conocía bien los pasos, así, como se fijaba en las pequeñas cosas, lo que le hacía muy feliz.

—Te quiero, padre —dijo antes de ponerse en pie y darle un beso en la mejilla—, pero aféitate, no te van las barbas.

Hellen lo comprendía, estaba preocupado por ella, pero ella no iba a permitir mucho más, los dos necesitaban un tiempo, pues aunque él tenía su vida resuelta, la de Hellen era un caso y tenía que decidir muchas cosas.

Pero antes de ello, se ató los cordones.

—¿Cuál es tu próximo paso? —preguntó el padre interesado en saber si podía o no ayudar.

—Ordenar la habitación —respondió—. ¿Puedes decirle a Marta que suba? Me iría bien su ayuda.

—Claro, ahora se lo digo.

Hellen se dirigió directa a la habitación. Marta llegó apenas unos minutos después, flotándose las manos con un ligero aroma a limón, que la joven supuso era del intento del ama de llaves por quitarse el olor a marisco después de haber ayudado a al cocinera en la cocina.

—Gracias por venir Marta, necesito que me ayudes. Deseo hacer limpieza, sacar de mi vida todo lo que no quiero en ella —dijo seria observando el lugar—. Ayúdame, por favor.

—Claro —respondió ella—, dime ¿por dónde empezamos?

—Pues por lo que hay, las cosas de las maletas ya las veré luego —dijo acercándose al escritorio que junto a la ventana había y cuya mesa tenía un total de cuatro cajones en un lateral y uno más de la misma largura de la tabla.

—Pues empecemos.

Las dos comenzaron con la limpieza, apartando a un lado los papeles que habrían de tirar, para reciclarlos al día siguiente, y en otro lado, la ropa que no

quería para poder dejar que otras personas la usaran.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —respondió con dos sujetadores entre las manos—. Yo no me los voy a poner, este estilo tan extraño, sin tirantes, con tanto relleno y que tan poco cubren, no ven conmigo, yo no soy una bailarina de los 7 velos.

Marta no pudo evitar reír, aunque tenía que reconocer que desconocía por completo lo que era una bailarina de los 7 velos. Sin embargo, no preguntó, al fin y al cabo, ya tenía una ligera idea.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Hellen doblando la ropa para guardarle en el cajón correspondiente.

—Son cosas mías, no hagas caso —respondió Marta mientras preparaba las bolsas para la beneficencia.

—Acaba con eso tú, voy a limpiar mi ordenador —dijo intentando sacar fuerzas de donde no tenía, todo lo que estaba sucediendo la dañaba y la perjudicaba, pero no quería que la vieran llorar ni tampoco que la vieran hundirse más, ya lo había hecho suficiente.

Se sentó en el escritorio, encendió el ordenador y comenzó a borrar las fotografías de sus amigas una a una, diciendo adiós a los momentos vividos juntas, a los recuerdos, a las risas, las charlas, las excursiones, las meriendas, las comidas... Todo desde los 6 años hasta hacia una semana.

Viendo las imágenes, comprendió que de la niña pequeña no quedaba nada. La inocencia dio paso a una perversión que ella no descubrió a tiempo pero a la cual no deseaba ningún mal, pues pese a todo, aún quería lo mejor para ellas, y eran puñaladas con cuchillos de hielo cada vez que borraba una o un grupo de ellas.

—No es fácil —dijo Marta—, si quieres hablar...

—Marta, gracias pero ¿para qué? No va a servir de nada, mi mundo no es el de ellas, yo no soy amante de las fiestas, ni de las discotecas, ni de los

chicos. Me quieren llegar por un camino que no me dice nada y, si tengo claro algo, es que debo ser yo misma si quiero conseguir llegar a ser alguien más que la hija del Conde de Oxford.

—Ya eres más que eso —dijo Marta mientras le acariciaba la espalda—, pero ¿estás segura de que es lo correcto?

—No, no lo estoy —respondió al limpiar la papelera del ordenador—, en este mundo nunca se está segura de nada, pero sí de las decisiones que se toman en un mismo instante.

Hellen dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se dirigió a las redes sociales que tenía, de donde eliminó sus cuentas, así como bloqueó, en su correo electrónico, los emails de las tres chicas, quienes casi cada media hora estaban enviando un correo con las fotos de sus vacaciones bajo el asunto: “mira lo que te pierdes”. Con el último rayo de esperanza, abrió uno y leyó que irían en su búsqueda, habían conocido a unos chicos e iban a dar la vuelta al mundo con ellos. “La última locura antes de la Universidad” lo llamó Meghan.

Pero Hellen borró el email y no se descargó ningún archivo.

Había terminado, pero en realidad, lo que había hecho fue comenzar, había mucho en camino. Demasiado. Le daba miedo, pero también le gustaba saber que había más allá del primer paso, del primer valle, del primer río...

Se levantó con la sensación de que las puñaladas que ella misma se había impuesto no era n más que la punta del iceberg, creía que un tren de mercancía se acercaba sin que pudiera apartarse de su camino o pedir ayudar para que alguien la apartara. Apretó los puños y cerró los ojos con fuerza mientras lo escuchaba acercarse cada vez más cerca, y su cuerpo se rendía a la evidencia de un dolor sin control.

—Voy a que me de un poco el aire —dijo y salió de al habitación, dejando atrás los pedazos de su infancia y recuerdos.

Bajó apagada. Lo que había a su alrededor, lo que decían, lo que veía... todo se oscurecía hasta el hecho de que se hundía en un cenagal.

Pero entonces, el sonido del timbre la sacó de sus pensamientos. Estaba más cerca de la puerta de lo que creía, y ella misma se resignó a abrir segura de que era Meghan.

—Ya dijiste que venías, pero maldita sea, no me interesa lo que estáis haciendo, las cuentas cerradas y los bloqueos tendrán algún motivo, digo yo —habló al mismo tiempo que su mano derecha se colocaba en el pomo de la puerta para abrir la puerta entre enfadada y agotada, pero cuando lo hizo, no encontró a Meghan, todo lo contrario; un joven casi de su misma edad, con rasgos asiáticos, el cabello a media melena negra y los ojos muy abiertos dejando ver un prado en primavera, la observaba con los labios separados en posición de amplia sorpresa.

Hellen quedó sin palabras, creyó que la cara se le caía de vergüenza y el resto de su cuerpo se rompía como si fuera un cristal al cual habían golpeado con un mazo enorme.

¿Qué iba a pensar ese joven? La habían educado para respetar a todo el mundo, para no hablar sin saber y...

Capítulo 4

—Yo... —Hellen estaba tan avergonzada que ni mirarle podía.

—Tranquila, me has confundido, eso es todo —dijo el joven—. Yo me llamo Tom. ¿Y tú?

—Hellen.

—Hellen, busco al Conde de Oxford. ¿Se encuentra aquí? —preguntó sin que en su voz encontrara ella algún tipo de malestar por mucho que lo buscara.

—Sí, ¿por qué le buscas? —preguntó ella aún sonrojada.

—Es una larga historia, pero baste decir que le quiero entrevistar —respondió tranquilo, con una sonrisa bastante agradable, que ella se atrevió a observar por un segundo.

—Ahora le llamo.

Hellen se apartó de la puerta y caminó hacia el despacho de su padre, dejando caer sin darse cuenta, uno de los pasadores que sujetaban un mechón de su cabello. Tom se lo recogió y esperó a su regreso para entregarlo, no había recibido permiso para entrar, por lo tanto, permaneció en la entrada.

Sin embargo, cuando fue recibido, ella no hizo acto de presencia.

—Buenas tardes, soy el Conde de Oxford, puedes llamarme Eric —dijo el Conde una vez frente a él—. Mi hija me ha dicho que me buscas para entrevistarme. Pasa y me hablas con más calma.

—Gracias Conde... quiero decir, Eric —respondió con el pasador en su poder—. Esto se le cayó antes a su hija.

—Gracias, muy amable —dijo tomando el pasador—. Mi hija se lo pone siempre, pero ya es viejo y se le abre. Antes eran cuatro, ahora solo le queda este.

—Lo siento mucho —dijo Tom caminando junto al Conde intentando que no se diera cuenta de que a él en el fondo le hacía gracias el asunto—. La verdad es que me ha preocupado un poco, pues cuando fue a abrir me confundió con otra persona y estaba molesta. Sé que es meterme donde nadie me llama, pero si puedo hacer algo... Por el momento, le prometo que no publicaré nada que usted no quiera. Antes de publicar leerá la entrevista y cambiaré lo que usted desee que cambie.

—Me parece bien —dijo mientras le invitaba a pasar al despacho donde Hellen permanecía organizando todo—. Pasa.

La joven se encontraba ordenando los documentos de su padre, los bolígrafos, libros y justo cuando se colocó un mechón de su cabello detrás de la oreja, se percató de que el pasador no estaba en su sitio. Comenzó a buscarlo. Se lo había regalado Marta en la Navidad de hacia 6 años y no quería perder el único que le quedaba del juego.

—Si buscar el pasador, lo tengo yo. Toma lo encontré en la entrada —dijo su padre mostrándolo.

—Gracias —dijo ella tomando el pasador dispuesta a colocarlo en su lugar.

—¿Puedo? —preguntó Tom dejando su maletín en el suelo— ¿Cómo te haces la trenza, en espiga?

Hellen respondió con un leve movimiento de cabeza de arriba a abajo, sin ser consciente el por qué aquel muchacho era así de cariñoso y de atento con ella, después de como ella le había tratado. Una parte de ella le decía que era porque quería demostrar que no era una mala persona, pero por otro lado, en su interior, algo quería despertar y no sabía que era.

Despacio, con cuidado, fue haciendo una trenza en espiga a Hellen, recogiendo parte de su cabello. El resto lo peinó como pudo con a mano. Lo hizo tranquilo, sabía realizar aquel peinado desde hacia mucho, desde la

infancia.

Para Hellen, el rato que él tardó en peinarla fue muy escaso. Las manos de Tom acariciaban su cabello con ternura, peinándole con mimo y delicadeza. Sentía algo que hacia mucho que no sentía, era algo lejano en el recuerdo, algo que quedó atrás, muy atrás, pero que no ordenada en su cabeza. No podía.

Dispuesta a disfrutar, dejó de escarbar en los recuerdos y se dispuso a saborear aquello.

—Gracias —dijo una vez terminó—. Y perdona por lo de antes, no fue mi intención.

—No te preocupes mujer, eso le puede pasar a cualquiera.

Hellen sonrió agradecida. Ya no se sentía mal, al contrario, se situó en el momento en el que se encontraba y esperó a la orden de su padre.

—Quédate un momento —dijo su padre dirigiendo sus pasos al sofá—. La entrevista ¿a qué campo quieres que se refleje, Tom?

—Al campo de lo personal si a usted no el importa, me gustaría que se pusiera conocer al Conde de Oxford. ¿Qué hay detrás?

—Eso suena bien —respondió—. Necesitarás entonces la opinión de mi hija.

—Pues sí, lo cierto es que sí —dijo Tom recuperando su maletín orgulloso de poder contar con ella, pues en cierto sentido creía que la conocía y le caía extremadamente bien.

—Pero me parece que eres muy joven.

Tom sonrió. Aceptó el asiento que el Conde le ofreció en el sofá y le observó con un aire que a Hellen le pareció interesante:

—Creo padre que no se atreve a decir nada, me parece que tiene miedo de que le juzgues —dijo Hellen sin dejar de mirar a Tom.

Tom la observó con los ojos muy abiertos y el rostro algo pálido. Daba la impresión de que le había sorprendido, aunque por un instante, creyó que en

realidad se había molestado y el estómago le dio un vuelco.

—Eres muy lista —dijo Tom mientras el sudor caía por su frente hasta su rostro para terminar el recorrido en el dorso de sus manos. La timidez y el nerviosismo empezaban a pasar factura.

Hellen se relajó. No había dicho nada que le hiriese, él se dio cuenta de que ella lo que quería, era ayudar, aunque si podía ayudarle en algo, estaba dispuesta a ello.

Ella era así, se resignó a ese dato. Ayudaba a todo el que podía ya fuera mujer o hombre, niño o anciano. Pero tenía un pequeño defecto del cual no estaba muy orgullosa: era obstinada.

Daba igual si era una persona que tenía la razón, ella estaba decidida y en eso nadie la hacía cambiar de idea. Ya lo intentaron sus amigas y antes, cuando era pequeña, se empeñó en que pasaría el verano en esa casa, sin ir a ningún sitio. Su padre ya tenía los billetes, la reserva de Hotel, el coche alquilado y habían decidido que se unirían a un Tour por la publicación de Francia donde iban, pero ella se negó en rotundo. Era un NO del cual su padre fue incapaz de sacarla, aunque pasaron un estupendo verano conociendo diversos lugares de interés: Iglesias, Museos, Parques, Monumentos...

Mas era una joven dispuesta a ayudar en todo, y estaba orgullosa de ello, por más que lo callara.

—Entonces, ¿quieres un té? —preguntó dispuesta a ayudar un poco más.

—Sí por favor —respondió su padre—, y trae también unas pastas si puedes.

Hellen sonrió y salió de allí dispuesta a llevar el té, aunque no preguntó el que querían y supuso que, quizás, era irrespetuoso entrar para preguntar aquello, lo mejor era esperar a que la cocinera respondiera a esa pregunta, de todos modos ella lo sabría mejor, llevaba ya 14 años trabajando allí.

Primero allí y luego en Londres, desde donde regresaron, aunque habían

pedido a cierta persona que limpiara la vivienda en su ausencia.

Claro que Hellen, mientras iba camino a la cocina, no dejaba de pensar en que tal vez ella también debía conocer el té que más le gustaba a su padre, no era digno de una hija. Se sintió mal por ello, aunque una voz interior, le dijo que era normal, que ninguna persona sabría el 100 % de la otra. Pero claro, él si conocía todo sobre ella. Bueno, lo que tenía que ver con gustos.

—Perdón por las molestias —dijo en la cocina—, ¿puedes preparar té y unas pastas para la visita y nosotros?

—Claro, ya está, esperaba que me avisara alguien —respondió preparando la bandeja.

—Gracias.

Estuvo tentada de preguntar a la cocinera por su duda, pero supuso que era totalmente innecesario, ella también iba a beberlo, el sabor le diría que clase de té era.

Tomó la bandeja y la llevó, deseando llegar para comprobar su nombre, aunque antes de entrar en el despacho, puso el oído en la puerta por si hablaban de algo que ella no tuviera que oír, como así parecía.

—Para mi es muy importante el puesto en el Times, ya que si lo consigo podrá estudiar lo que deseo en la Universidad. No digo que el trabajo de mi padre no me parezca digno, muy al contrario, pero yo no quiero eso, tengo mis sueños. ¿Es malo?

—No, para nada, los tiempos cambian y por lo tanto, también cambias los deseos y gustos de nuestros hijos, no deberíamos forzar nada. ¿En qué trabaja tu padre?

—Es militar, más concretamente, es Coronel de la Guardia Real en el Palacio de Buckingham.

Hellen dejó la bandeja con sumo cuidado en la silla de madera de caoba que se encontraba junto a la puerta, para poder oír mejor la conversación. Su

curiosidad era tal que el respeto resultaba algo que quitarse de encima, la mosca molestaba en exceso, ella necesitaba saber.

Y la conversación era muy interesante.

—Eso está bien, pero si es algo que no va contigo, pues no va.

—No, yo deseo vivir de otro modo. Deseo entrevistar, deseo dar a conocer el lado humano de personas que ostentan poderes o situaciones específicas, como el lado humano de un Conde, un Duque, un militar... Sé que muchos dirán que es una invasión a la intimidad, pero yo no lo veo así. ¿Qué invasión existe si es la propia persona la que decide que contar? Si a alguien le gustan los calcetines a cuadro y no quiere que salga en el periódico, pues no me lo cuenta o me dice que no lo publique. ¿Dónde está el mal?

—No lo sé, yo lo veo bien, de hecho, estaré encantado de leer tus entrevistas.

Hellen continuaba escuchando, pero tras esas palabras de su padre creyó que unos pasos se acercaban a la puerta, procedentes del despacho y se apartó, recuperando la bandeja e intentando que su cuerpo no dejara ver que había sido sorprendida, pues su padre averiguaba muy pronto eso, le bastante con mirarla y ella no sabía como.

—Te pillé —dijo su padre de repente, tras abrir la puerta de golpe, dispuesto a encontrarla con las manos en la masa, orgulloso del parecido que la joven tenía a su gran amigo Takeshi.

Hellen, al ver a su padre con las manos en los pomos de cada una de las hojas de la puerta del despacho, quedó completamente paralizada, con la bandeja temblando entre sus manos, de pie, frente a él, quien la observaba con una sonrisa juguetona torcida a un lado. Tan metida estaba en sus pensamientos que ni le había oído quitar el pestillo y su sudor le caía por el rostro y la espalda.

—Creo que te estás equivocando —dijo tomando la bandeja—. ¿Qué te

pasa?

—Yo... yo...

—Es la curiosidad de esta edad, nos juega malas pasadas. Cuando tenemos que hablar nos callamos y cuando debemos callar, hablamos —dijo Ton, saliendo de inmediato al rescate de la joven, devolviendo el favor que le había hecho momentos antes.

Hellen sonrió con las mejillas ardientes y una extraña sensación que antes no había sentido, pues no podía dejar de pensar en que había fallado a su padre, sus esfuerzos en educarla no parecía que hubieran servido de mucho. Más aún, no habían servido de nada.

—Sí, pero no estoy enfadado con ella, por mucho que lo crea —dijo el padre—. Ella, cuando era pequeña, ya lo hacía: escuchaba detrás de las puertas. Era su manera de saber las cosas, tenía la idea de que por ser diferente, no iba a saber nada. Te pediré que por favor, no lo digas en el periódico.

—Por supuesto que no —respondió rápido ante una Hellen que se abrazaba a su padre con desesperación buscando su perdón. Para ella nada era como debía ser, ni sus propios actos lo eran. Se avergonzaba de ello, deseaba haber sido devorada por los fantasmas de la noche—, esto es personal, y creo que entiendo a su hija, yo también soy diferente.

Tom colocó su mano en el hombro de Hellen para animarla. Le sonreía con sinceridad.

—Perdona lo que voy a decir, pero nunca debes avergonzarte. La curiosidad, para muchos es un fallo de la personalidad, pero para mi, y debería ser también para tí, es un modo de conocer cosas que otras personas no quieren que sepamos —dijo con calma—. Además tu padre no se ha enfadado y a mí no me importa que escuches, yo lo he hecho toda mi vida.

Hellen le observó. Aquel muchacho parecía que la comprendía, no se

molestaba ni daba importancia a sus fallos, y eso era algo que llevaba mucho tiempo deseando volver a sentir, aunque le daba miedo confiar en alguien tan lanzado.

—Gracias.

—Vamos a tomarnos el té o se enfriará —dijo el Conde.

Los tres se sentaron. El Conde en el sillón, a su lado Toma, y al lado de este, Hellen. La joven saboreó el té rojo memorizando con sumo cuidado ese pequeño detalle.

—¿Puedo preguntar algo? —preguntó Hellen con el pequeño plato sujeto con la mano izquierda y la taza en la mano derecha.

—Por supuesto que sí —respondió el padre con tranquilidad.

Hellen desconocía si debía o no formular su duda, al fin y al cabo era una mujer que quería empezar desde cero, pero que, de forma inconsciente no cometía más que fallos. Para ella, que había entrado en un laberinto sin llevar consigo un mapa del lugar, y por mucho que gritase, nadie conseguía llegar a ella.

Por lo que, en lugar de preguntar lo que quería, cambió de opinión.

—¿Por qué has dicho que eres diferente, Tom?

—Porque lo soy. No nací en Londres, no tengo amigos y no deseo seguir los pasos de mi padre. Respeto su forma de vida, pero no la comparto. Lo siento. Además, no perdono a mi madre.

—¿Por qué has de sentirlo?

—Pues porque sé que le hago daño, pero sé que lo comprenderá en un futuro, estoy seguro. Y respecto a mi madre... es cosa de ella, no mía.

Hellen palideció al oír la palabra madre, algo en su interior se removió de una manera que hacía días que no le pasaba, y creyó que caería desmayada en cualquier momento, pero consiguió resistir sin saber bien como. A nadie dijo nada, recordó la noche en la que su padre la ayudó y eso la hizo reponerse

levemente, hasta poder apartar de su pensamiento esas palabras y centrarse en su padre.

Capítulo 5

Tom no quedó mucho más en la vivienda. Cuando el Conde se acercó a ellos, el muchacho pidió disculpas.

—Lo siento de veras, pero con la información que me ha proporcionado su hija dispongo de unos datos que necesito comprobar en el centro, espero que lo comprenda —dijo de pie escribiendo en una hoja en blanco de su cuaderno—. Tome, esto lo necesitaré para la próxima si les es posible, de ese modo podré formular las preguntas de manera directa. Las fotografías serán aquí en el jardín. También he apuntado lo que necesito para ellas.

Se despidió con la clara intención de poder dar con la información que necesitaba, aunque no sabía muy bien si iba a ser necesario acudir a su padre, quizás únicamente bastara con buscar en la Biblioteca, con hablar con ciertas personas en el Club o, tal vez, lo pudiera averiguar buscando en sus pertenencias de niño, pues aquella entrevista estaba siendo un viaje a su infancia, le estaba recordando muchas cosas.

Aunque lamentaba profundamente el haber sacado el tema de la madre, pues le daba la sensación de haber escavado donde no debía, pero comprendía que la joven quisiera conocer y no pudiera.

Con un padre como el Conde ¿quién le iba a dañar? Si él no se sentía capaz de hablar, ¿cómo forzarle? Era muy injusto. Únicamente había dos motivos para un dolor tan intenso: murió o abandonó a la pequeña.

Lo más rápido, lo más sencillo, era ir a su padre y preguntar, pero no lo iba a hacer con tanta calma. Mientras hubiera una mínima posibilidad, no lo haría, aunque si descubría algo, dudaba mucho si podría o no decirlo a Hellen, aquella chica merecía saber la verdad, pero ¿tenía derecho para ello? Estaba

hecho un lío, no encontraba salida.

Mas permanecer en el mismo sitio no era una opción.

No por él, por Hellen.

Aquella chica merecía la verdad fuera como fuera y por boca de quien fuera. Cuando se marchaba, al ama de llaves se acercaba a la joven.

—Toma, como Hellen —dijo Marta llevándole un bocadillo de calamares caliente—. Tu padre me ha dicho a la cocinera como se prepara y le ha faltado tiempo, espera que le haya salido bueno.

—Pues claro que sí, gracias —dijo ella tomando el bocadillo con ambas manos, rozando en el proceso con la yema de los dedos, la piel del ama de llaves.

—¡Estás helada! —exclamó tocando a propósito los antebrazos de la joven— Vamos dentro. ¿Cómo es posible que estés así en pleno verano?

—No lo sé —respondió comiendo con gran apetito la deliciosa cena—, supongo que estaré... quizás voy a resfriarme.

—Intentaremos que no pase eso —dijo Marta con calma acompañando a Hellen al interior de la vivienda, aunque ella, al poner los pies en el primer peldaño, quedó paralizada—. Hellen, no va a haber problemas, te lo prometo. Tu padre no está molesto contigo. Es cierto que estás confusa, pero mañana será otro día.

Hellen hizo de tripas corazón. Entró en la casa con la cabeza gacha y el bocadillo a punto de terminar, resignada a entrar donde antes no podía sacarla. Estaba al límite. Se comió el resto de bocadillo, y subió a su habitación lo más rápido que le fue posible, antes de que el animal que tenía detrás y únicamente ella veía, la capturara para devorarla.

Llegó casi sin aliento. Cerró la puerta de un portazo que se dejó oír en toda la casa, asustando a la servidumbre y a su padre, pero nadie subió, creyendo que quizás, necesitaba tiempo, peor nadie sabía si era eso lo que ella

requería.

Hellen, en su habitación, deseó romper todo. El dolor de su pecho era tan intenso que ni la voz salía de su garganta. Las lágrimas caían a cascada por sus mejillas y cayó sentada con la espalda apoyada en la puerta y las rodillas dobladas. Lloraba en silencio maldiciendo todo lo que tenía, deseosa de ser una persona diferente, no tener aquel dolor que la devoraba.

Sus amigas eran chicas que no contaban ya con su cariño ni su amistad, pero las dos viajaban, tenían novio y sabían que harían en el futuro.

Pero ella no.

¿De qué servía tocar el piano? No podría ganarse la vida con el no era tan buena. ¿De qué servía saber leer? Cualquiera sabía. ¿De qué servía cantar? Cualquiera cantaba. No sabía nada que le fuera útil. No era nada más que una niña de papé y... Nada más.

Siguió llorando con desesperación, hasta el hecho de que la respiración comenzó a fallarle. Mezcló el llanto con la tosa y eso alarmó a su padre que en silencio la esperaba en el pasillo por si le necesitaba.

Había tomado aquella costumbre a partir de un fuerte llanto que padeció cuando tenía 6 años y a punto estuvo de tener que ser ingresada en el Hospital Royal, aunque no tuvo ninguna necesidad, pues dos días después de una pequeña ayuda, la niña mejoró, pero desconocía si lo que fue válido en la infancia, podría volver a ser de utilidad.

Le preocupaba que no fuera así.

Aunque al oír el llanto mezclado con la tos en clara señal de que Hellen no podía respirar. Y, claramente, no podía: luchaba por respirar, pero apoyada en la puerta esta no se abría.

—¡Hellen no puedo abrir! ¡Apártate de la puerta!

Ella, desesperada, se movió hacia el lado derecho dejando que entrara.

Para cuando lo hizo, Hellen se encontraba morada. El aire le faltaba, el

corazón le iba a estallar y acabó por vomitar toda la cena, aunque su padre una vez encendió la luz la sujetó intentando ayudar, pero no sabía como y ella no hablaba.

Hellen no podía hablar. Se agarró como pudo a su padre, que la acogió entre sus brazos besándola con cariño en la mejilla, secando con su propio pañuelo el sudor y la saliva de su hija, así como la mucosidad. No le hablaba, pero los latidos de su corazón eran muy tranquilos. Fue entonces cuando ella lo comprendió todo: a su padre no le importaba.

—Ayúdame —dijo en voz muy baja con bastante hipo que acababa de comenzar, amenazando con más vómitos.

Pero no se produjeron. Hellen empezó a poner en orden sus pensamientos muy despacio, aunque con éxito. Estaba cansada, tenía mucho sueño, mas sus ojos no terminaban de cerrarse.

—Tu problema Hellen es que te comparas con los demás. Tú eres tú y nadie debe imitar a nadie —dijo su padre ayudándola a que se levantara del suelo para sentarse en la cama, justo cuando un ensordecedor rugido se dejó escuchar en toda la vivienda, paralizando el tiempo un instante que dio la impresión de ser una eternidad.

Nadie se había percatado de que apenas tres segundos antes, el cielo fue iluminado por un relámpago de color rojo intenso, aviso del trueno.

Pero no les dio tiempo a reaccionar, pues la lluvia cayó con fuerza golpeando los cristales y las hojas de las plantas. La tierra de algunas no podía empaparse tal cantidad y comenzaban a aparecer pequeños charcos. Los pájaros se habían callado, permanecían unidos bajo las ramas intentando protegerse, aunque algunos más aventajados permanecían en el interior del tronco del árbol, con la cabeza bajo el ala.

También con la cabeza sobre el pecho permanecía la joven Hellen. La muchacha, se mantenía adormilada abrazando a su padre. El sonido del trueno

fue suficientemente fuerte como para hacer que algo cambiara en su interior: todo se dio la vuelta y de nuevo el recuerdo del jardín japonés regresó a su memoria, aunque el niño que junto a ella jugaba, con un gatito en esa ocasión, continuaba sin rostro.

Había un nombre, sí. Pero no un rostro.

—Ojalá Hikari estuviera aquí a mi lado, así no me sentiría tan sola...

El padre notó como la joven se relajaba. La colocó con cuidado en la cama y la tapó. Echó las cortinas para dejar la habitación a oscuras antes de apagar la luz y salir.

—Se pondrá bien, pero necesita comprender que cada persona es diferente —dijo al ama de llaves que permaneció observando el lugar con claros signos de preocupación—. A esta edad si el mundo se te cae encima, aunque quieras levantarte no puedes, pero no la dejaré sola. Aquí está mejor que en Londres, seguiremos aquí hasta que ella toma su decisión.

—Y si...

—Y si ¿qué?

—Y si dice de no ir a la Universidad ¿qué?

—No me importan los títulos de mi hija, ni me importa si sabe más o menos. Me importa que sea feliz y esté sana —respondió con la mirada triste, pensativo.

—Entonces, saldrá adelante —dijo el ama de llaves.

El Conde no tenía la menor duda de que ella iba a salir adelante. Se lo prometió a su amigo Takeshi y una promesa era algo sagrado. Él los sabía y Hellen también.

Pero cuando ella despertó, relajada y con la sensación de que lo ocurrido el día anterior había sido un sueño, sintió que un aroma casi sutil a limón la embargaba. La lluvia había cesado. Los cristales, al ser descubiertos, permanecían empañados. Las hojas de las plantas se veían decoradas por

perlas de rocío, así como también las flores relucían. Abrió la ventana. El aroma de la tierra húmeda, de las rosas y de las violetas se mezclaban, mientras los rayos del sol entraban en la habitación iluminando las motas de polvo que revoloteaban invisibles al ojo humano de no ser por el camino dorado que llegaba hasta el edredón con el que su padre la hubo tapado la noche anterior.

—Hermosa mañana...

Hellen se duchó, se puso el quipao largo con manga corta y unos zapatos bajos, antes de decidirse a bajar, sin saber el motivo de ese olor tan penetrante y exquisito.

—Buenos días —dijo con una sonrisa entrando en el comedor.

—Buenos días —respondió su padre—. ¿Te encuentras mejor?

—Pues me encuentro algo cansada, como si hubiera caído del tejado o algo así. Tengo algo de náuseas y frío —respondió con la esperanza de que él pudiera darle alguna explicación.

—Eso es por la crisis nerviosa de anoche —dijo su padre—. Hoy será mejor que descanses y ya mañana haces algo, pero hoy...

—Gracias y... lo siento.

—No seas tonta Hellen, no sé que haría yo en tu lugar.

Hellen sonrió sin muchas ganas, pero las palabras de su padre rara vez no tenían ese efecto, al fin y al cabo siempre estaba con ella, a su lado. En toda su memoria, ni una vez la dejó sola cuando le necesitó, por lo que desayunó despacio, sin vaciar el plato, pero tras el enorme esfuerzo de sí misma para comer, comprendió que si de verdad quería que esa comida permaneciera al menos algo, en su estómago, debía dejar comida.

—¿Puedo quedarme en la sala de lectura a la vas a necesitar? —preguntó antes de levantarse de la mesa.

—Claro que puedes —respondió su padre mientras se limpiaba los

labios con la servilleta—. De hecho, yo hoy tengo la mañana libre, podemos pasarla juntos. ¿Te apetece?

—Claro, me encantaría.

Se dirigieron a la sala, donde Hellen esperaba que su padre le pudiera aclarar ciertos detalles de su infancia, pues el hecho de recordar tanto una parte de su vida que creía olvidada, la tenía un tanto confusa.

Entraron en la sala. La luz del sol penetraba por los cristales de la ventana, la sala de lectura contaba con dos ventanas grandes de 18 cristales cada una. Las ventanas contaban con un pequeño banco para leer. Las cortinas llegaban al suelo que se cubría con una gran alfombra cuadrada con una mesa de cedro en el centro de la habitación. La mesa de cuatro pies y una pata, lucía limpia como un cristal con un florero de cerámica chica que mostraba una docena de margaritas rojas y otras amarillas. Tenía una pequeña zona un poco apartada como si fuera una sala contigua pero muy pequeña, con una mesa de estudio sobre una alfombra tejida muy delicadamente, un sillón detrás y otro delante, una pequeña librería de siete pisos, dividida en cuanto repleta de libros y otras tres en las cuales las piezas decorativas de China y Japón, ocupan todo. También había un cuadro en el cual se podía ver un mapa antiguo de China. La ventana era igual de grandes que las otras dos, pero no había nada más. La chimenea se encontraba donde las dos ventanas, donde una pared entera se hallaba repleta de libros de arriba a abajo. El sofá se encontraba frente a la otra pared, con dos sillones a cada lado y una mesa de centro pequeña. Era un lugar donde una puerta dividía la sala por el centro de la estantería.

—Me encanta esta sala, es preciosa —dijo mientras pasaba la mano con mucho cuidado por la suave mesa—. ¿Cómo conseguiste esta casa?

El Conde no dudó en sentarse y observando a su hija, respondió:

—Fue el gobierno inglés quien me dejó esta vivienda. En un primer

momento, era por mi trabajo, pero luego quisieron nombrar la casa un Monumento Histórico y aquí estamos después de haber dicho sí. ¿Por qué? ¿Quieres mudarte?

—¡No! —respondió fija la mirada en su padre— No me quiero mudar, es curiosidad. Me gusta esto, es mucho mejor que Londres, aunque tiene sus cosas buenas, el Museo de Cera de Madame Tussaud es divertido.

—¿Ah sí? —preguntó su padre con una sonrisa casi juguetona— A mí me da miedo.

—Padre, a ti todo te da miedo —respondió con una leve sonrisa—, pero no te preocupes, nadie va a venir a devorarte.

—Buenos, no sé yo —dijo—, a ti si que te da miedo que te devoren.

—Sí, es verdad —dijo sentándose a su lado—, pero creo que en realidad, lo que me asusta es dejar de ser yo misma. En esta sociedad en la que vivimos la apariencias son muy importantes. Dicen que hemos avanzado, que la vida ya no es como en el siglo XVI o XVII, pero yo te digo padre que no. la base es la misma: la apariencia es lo principal. Como te vistes, como hablas, como te penas, como te maquillas, cuanto mides, cuanto pesas, cuanto ganas... Yo no puedo vivir así, esa no soy yo. Yo soy de mediana estatura, morena, con rasgos asiáticos, amo vestir con quipao ya sea largo o corto, no me gustan los tacones y sí escuchar música, leer, coses, escribir, pasear por el jardín... pero no hay lugar para mí en este mundo.

—Pero Helen, lo que te pasa es que le has dado un valor a la gente que no les pertenece —dijo su padre con una sonrisa mirando a su hija—. No son ellos quienes deben darte un lugar eres tú misma la que debes decir: aquí estoy, soy así y me acepto. No dejes que ellos cedan, en eso tú debes coger. Embarcar lo que puedas y hacer lo mejor posible con ello, te lo he dicho muchas veces.

—Sí, pero no termino de comprender —dijo resignada a ello.

—Ya lo harás, y cuando lo hagas verás lo que tienes a tu alrededor. Espera, ¿por qué no empiezas por ahí? —preguntó su padre pensativo— Mira a tu alrededor. Comienza por estar una semana sin cuestionar nada de lo que suceda, ni veas. Únicamente sigue y no pienses. Fíjate una meta y no la pierdas de vista.

—De acuerdo padre.

Capítulo 6

Durante un par de días, Hellen buscó la soledad en la sala de lectura. Nadie sabía que le ocurría a la joven, pero ella tampoco. La tormenta que se desató la llevó al límite. Sus ilusiones habían desaparecido. Tomó las cartas de las Universidades que aún estaban sin abrir, y las leyó. Fue aceptada en todas, y entonces, sin tardar más, Hellen comenzó a pensar en sacar provecho a todo lo que sabía. Al principio creía que eran nimiedades, que no serían útiles, pero de pronto, se decidió por algo: escribir.

Investigó durante horas haciendo uso de su ordenador personal, hasta que descubrió que era factible. Una idea algo loca, pero tan buena como cualquiera otra. Muchas personas conseguían con sus libros importantes éxitos. Algunas pinchaban en hueso, mas por intentarlo, no el iba a suceder nada. Su instinto no era de fiar, estaba confusa, asustada, temía entrar en un mundo del cual una vez dentro no pudiera salir y fuera devorada como si de una pizca de hierba ante una marabunta se tratase.

Pero su padre le dio una semana y esos días no habían transcurrido.

Aunque cuando llegó el cuarto, a nadie en la casa le pasó por alto que la mirada de Hellen había cambiado. Sonreía. El tono de sus mejillas se había tornado rosáceo y sus prendas lucían todas adornos dorados o lazos. Incluso bajó al jardín en busca de flores que ella misma colocó en diferentes salas.

Supusieron que eran momentos, flashes que iban y venían, pero ella no tenía la menor duda de que había sido algo decisivo. Estaba decidida. Desconocía cómo lo haría, pero se sentía muy bien con esa decisión, y tan bien que sonreía sin motivo. Tenía ilusión, esperanza. No lloraba ni cuando pensaba en sus amigas, aunque ardía en deseos de decir que planeaba hacer,

cómo lo haría y poder presumir de sus logros, pero no podía. Se mordió el deseo de tal modo que incluso a las personas de su entorno creía que no le importaría.

Pero no era así para su padre.

Él sí se dio cuenta de la verdad. Tener una meta siempre era lo mejor, pues haría que pudieras ver un camino que se abría ancho a los ojos de su hija.

—Hoy estás muy alegre. Tener una meta, ¿verdad? —preguntó su padre sentado a su lado en el sofá de la sala de lectura.

—Sí —respondió con firmeza—, te he hecho caso.

—Pues ten esa meta en tu cabeza y no te preocupes por nada más. Ni por nadie. Ten mucho cuidado —dijo con calma pero marcando cada palabra, cada frase—. Cuando tienes un objetivo siempre hay personas que intentan sacarte de ese camino. No lo permitas. Guarda tu meta para ti y, aunque te digan o hagan, no te pares. Nunca dañes a nadie, pero tampoco dejes que te dañen a ti. Recuerda que cada persona piensa de manera diferente y para ellos, quien de verdad tiene la razón, son ellos mismos.

—Padre ¿por qué me cuenta todo esto? —preguntó preocupada, temiendo que se marchara y ella quedara. Sí, era un vieja muy corto, pero le necesitaba a su lado, el teléfono no el era bastante—. No me dejes ahora.

—Yo no te voy a dejar, ni ahora ni nunca. Si me pasara algo te aseguro que incluso en el más allá voy a cuidarte, pero te lo he dicho porque no quiero que nadie tenga poder sobre ti.

Hellen se sintió orgullosa de ello. Segura de que sus palabras eran ciertas, pero orgullosa también de un padre que nunca le negó nada. Únicamente le ofrecía lo que a ella le era útil para aprender. Ciertamente en determinados momentos no le comprendía, como cuando se negaba a que se acostara tarde, a que comiera golosinas a deshora o cuando se negó a que fuera con sus amigas a la playa de Hawaii teniendo ella 12 años. Pero no

tardaba mucho en comprender que lo hacía por su bien.

Sonrió y le dijo todo lo que tenía en mente. Supuso que su padre tal vez tendría una lista enorme de excusas para quitarle esa idea de la cabeza, para contar lo importante que era que las Universidades se al disputaran y pudiera tener un título que el abriera las puertas o un trabajo decente, pero igual que el día amaneció pesado, amenazando con lluvia, para terminar soleado cantando la cigarra, su padre también la sorprendió:

—Bien, pues descansa —dijo tomando la mano de su hija que, por primera vez en muchos días no estaba fría—. Piensa en que deseas contar, deja que la idea madure y en septiembre te inscribiré en un curso de Literatura. Eso te ayudará a comenzar con una buena base. Pero hasta entonces disfruta del verano, apunta ideas, escribe frases, diálogos y personajes. Usa los libros de la Biblioteca, de mi despacho.

—Gracias —dijo con una amplia sonrisa—. Lo haré lo mejor que pueda.

—No me cabe la menor duda —dijo su padre, soltando la mano de ella en el momento en el que un coche se detenía en la puerta seguido de otro diferente—. A ver quien es.

Su pusieron en pie al mismo tiempo y se asomaron a la ventana en busca de una respuesta a su pregunta. Pero el vehículo, un Ford Fiesta de color azul no les decía casi nada. No era así el otro, un Nissan Qashqai que aparcó justo detrás del vehículo de la joven recién llegada.

Salieron en busca del recién llegado para darse de cara con una Meghan. La joven lucía un short muy corto, una camisa corta con cuello de barco y unas sandalias planas de estilo romano. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo.

—Hola Hellen —dijo orgullosa como la que más—. he tenido que dejar las vacaciones, tanto sexo me ha pasado factura, pero ya se sabe, mejor unos minutos al límite que toda la vida de aburrimiento.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Hellen colocando la mano en la pared por detrás de su padre, e impidiendo que este pudiera marcharse, cosa que él no iba a hacer, justo cuando Tom salía de su vehículo.

—Pues verás, como tu no haces nada, he pensado que podrías hacerte cargo de mi hijo, así yo podría...

—Un momento —dijo el Conde dando un paso hacia adelante y cortando la charla de la joven—. Hellen, ve dentro. Con Melissa, está en el piso de arriba, búscala y quédate allí hasta que yo mismo vaya a buscarte. Tom, quédate donde estás y no escribas nada en tu entrevista sobre esto o te las verás conmigo.

Hellen asintió con la cabeza y entró sin decir una palabra tras saludar con un movimiento de cabeza a Tom, el cual quedó fuera de su coche, apoyado en el capó de este esperando que el Conde le diera permiso para moverse.

La joven no sabía muy bien que iba a decir, al fin y al cabo, se sentía una marioneta, aunque lo agradecía en parte. Su padre se había interpuesto entre ella y un desastre. La llegada de un hijo debía ser motivo de alegría, no de dolor, ni motivo para buscar una solución. Estaba segura de que un hijo era motivo para poner los pies en el suelo.

Subió las escaleras. Buscó a Melissa en silencio. La criada, se encontraba en una sala limpiando. La sala había sido utilizada para jugar cuando ella era pequeña.

—Melissa, me ha dicho mi padre que me quede contigo hasta que él venga por mí —dijo con voz temblorosa, temiendo una respuesta negativa por parte de la criada.

—Por supuesto que puedes. Ven, entra.

La joven entró en silencio. No le dijo nada a la criada, pero ella tampoco preguntó. Había visto al coche entrar y había visto que bajaba Meghan, ya la conocía desde hacia mucho, era algo normal llevaba 14 años trabajando en esa

casa.

—Hellen, si quieres hablar, adelante.

La joven la miró complaciente, agradecía la atención de Melissa, pero no confiaba en hablar, pues su padre la había apartado incluso antes de conocer todos los detalles, aunque el principal sí lo sabía, y lo comentó con aquella criada, temiendo que la respuesta fuera completamente diferente de la aparente de su padre:

—Vaya caradura —dijo Melissa dejando en la estantería el tiovivo a cuerda al cual había limpiado el polvo—. Cada cual que pague las consecuencias de sus actos, no es justo que pagues tú, eso no es amistad, es esclavitud, y ya se abolió del país el 1 de agosto de 1834.

Hellen no estaba tan segura. Hasta sus oídos llegaban confusas voces y gritos que desconocía si eran o no de su padre, pues no conseguía distinguir el género como tampoco conseguía diferencias las palabras que se pronunciaban, no quería asomarse.

—No te preocupes, estoy segura de que tu padre sabrá lo que es más conveniente y actuará en beneficio a ello —dijo Melissa con una amplia sonrisa—. Tú confía en él, no te fallará.

—Deja que te ayude, me hará bien estar ocupada —dijo a media voz, resignada a aquella conversación de ahogo y ganar de llorar.

Permanecieron en la sala, con los juguetes, muñecas y recuerdos de la infancia no todos fuera de las cajas ni todas estas abiertas, hasta que el Conde se personó en compañía de Tom.

En cuanto Hellen vio a su padre, se acercó a él y le abrazó con fuerza. Le daba la sensación de que, quizás, llevaba días fuera no minutos. Sintió con rapidez los brazos de él rodeándola, no iba a permitir que nada le sucediera.

—Todo está arreglado —dijo—. No debes temer.

—No temo por mí, padre. Temo por ti.

Tom, apuntó aquello en el cuaderno de campo que llevaba y permaneció en un lado de la sala en silencio lo más inmóvil que le era posible.

Pero su presencia era casi inadvertida pro Hellen, quien quedó un rato abrazada a su padre. El sol se había escondido y la temperatura bajado, mas ella no se percató, para ella que hacia mucho calor y que el sol la observaba con interés.

—Pues no temas por mi, no es tu trabajo, es el mío. Soy yo quien se ha de preocupar por ti —dijo antes de darle un beso en la frente y, al apartarla, le tomó el rostro con sus manos y le besó en la mejilla—. A ver dime ¿qué te has encontrado aquí?

Hellen le sonrió y le llevó a uno de los estantes donde, tras limpiar el polvo, había colocado diferentes objetos entre los que se encontraban un ti vivo, un balancín, un mono que tocaba el tambor, un par de muñecas de trapo, varias figuras de Disney a cuerda, un tren con locomotora y dos vagones, sin olvidar la casa de muñecas y las cuatro cajas que estaban sin abrir, así como los peluches gigantes, los dibujos...

—Creo que deberíamos dejar muchas cosas fuera —dijo mientras tomaba uno y lo hacia funcionar sobre la palma de su mano—. La habitación es enorme, no me sirve como despacho, debería estar subiendo y bajando cada dos por tres, no me hace gracia. Y estas cosas son hermosas, a mí no me traen malos recuerdos.

—Son cosas tuyas, tú decides si fuera o dentro de las cajas —dijo con una sonrisa observando una cometa que le señaló—. ¿Recuerdas esa cometa?

—Sí, claro que sí —respondió y la tomó—. Me la regalaste, el último Año Nuevo que estuvimos en Japón. Era mi primera cometa y me costó mucho que volara, pero lo conseguí al cabo de un rato. Recuerdo que durante todo el tiempo, había niños y niñas gritando: ¡Gokoun o inorimasu! ¡Hagemasu! Nunca lo olvidaré. Aún hay días que creo que les oigo.

—Es normal —dijo su padre—. Pero necesito de tu ayuda. Tom no quiere una entrevista fría, y desea hablar contigo en privado antes de hacerlo conmigo. ¿Puedes atenderle?

—Claro padre, sin problemas.

Hellen sonrió antes de salir de la sala invitando a Tom a que la siguiera hacia el jardín. Comprendía que su padre necesitara un descanso tras lo acontecido, él quería hacerse el fuerte, pero a ella no le engañaba y mucho menor iba a olvidar. La circunstancia, sabía Hellen, era posible que nunca la conociera, pero sí que la vida tenía una extraña forma de hacer caminar por un único sentido.

Y si la entrevista iba a ser más familiar que de publicidad, era necesaria su intervención.

Confiaba en su padre y él nunca le había fallado. ¿Cómo iba a dejar de confiar?

—Hoy te veo mucho más tranquila ¿tiene que ver con ocurrido en la entrada? —preguntó Tom curioso mientras bajaban al jardín.

—Bueno, sí y no —respondió ella sin la menor intención de ocultar ningún detalle—. Sí, porque me ha liberado de cometer un error y no, porque mi tranquilidad viene desde que supe que haría con mi vida.

—Comprendo —dijo él—. ¿Puedo saber de qué error hablas? —preguntó siendo consciente de que ella había entrado y no enterado de casi nada de lo ocurrido, pero de todos modos, necesitaba saber hasta donde llegaban sus conocimientos.

—No lo sé —respondió—. Desconozco casi todos los detalles.

Hellen, algo dubitativa le comentó lo ocurrido y lo que ella opinaba, mientras salían de la vivienda y se dirigían al jardín. El jardinero se afanaba en aquel momento en limitar el crecimiento casi descontrolado de algunas hojas y ramas del seto. También algunas pequeñas hierbas habían nacido alrededor

de las plantas cuyas flores, debido a las lluvias pasadas habían perdido casi todos sus pétalos, pero algunas parecían agradecer el agua y se abrían orgullosas dejando ver sus colores y oler su perfume.

—Dime ¿qué me puedes contar de la infancia? —preguntó, deseando poder aclarar lo que en su mente empezaba a suceder.

Hellen le habló de sus sueños: los juegos con aquel niño, el elefante de piedra, el buda, el arroyo, el puente de madera casi de juguete, los asientos.

—No recuerdo el rostro de aquel niño, pero aun así, sé que me llevaba bien con él, fue quien consiguió que yo volara la cometa que hay en la sala de juegos —dijo sentándose en el banco de hierro—. Le echo de menos, pero no sé que ha sido de él ni de su familia. En una ocasión, recuerdo, me defendió de unos chicos mayores que se burlaban de mi porque yo no tenía madre.

—¿Y puedo saber por qué no tienes madre? El otro día, cuando mencioné a la mía, pelidéciste —preguntó sin confesar lo que sentía. Estuvo a punto de hablar un par de veces, pero en lugar de ello, mordió su bolígrafo; no era el momento para confesiones, aunque no tenía mucho que confesar, las investigaciones no había logrado mucho.

—No lo sé. Siempre que sacaba el tema, mi padre se ponía a llorar. No te preocupes por mi estoy bien, es que algunas veces los sentimientos son muy fuertes y me cuesta controlarlos—respondió tomando una flor que muy cerca del banco reposaba y siendo sincera con él como nunca antes lo había sido con nadie, ni con su padre—. Supuse que a mi padre le pasaba lo mismo, por ello acabé por no hablar de ello.

—Yo tampoco lo haría. Lamento haberte hecho daño, no era mi intención. En serio, perdóname —dijo Tom resignado a dejar aquel asunto incompleto, hasta continuar su investigación, pero ya con la mirada en Japón.

Capítulo 7

Tom permaneció en la mansión al lado de Hellen, pero ya sin mencionar a su madre, por el temor a herirla, aunque la joven parecía que iba a mejor.

De hecho, acompañada de Tom continuó caminando por el jardín con la penumbra de una tarde que se dirigía a la caída de la noche, acompañada de una brisa que llevaba el aroma de las flores, así como también el de la tierra húmeda, dejando ver que esa noche llovería. Incluso los pájaros parecían nerviosos, pero no se iban del jardín, revoloteaban y volvían a posarse.

La temperatura bajó un poco. Hellen, intentó darse calor con friegas en los brazos, pero no servía de nada, ni sus manos se calentaban. Sin embargo, Tom no dudó en quitarse la chaqueta y colocarla sobre Hellen, quien sonrió helada, aunque en realidad, lo que necesitaba era oír la voz de sus amigas, volver a estar con ellas, que sus ojos se cerraran a la verdad.

Pero temía que eso no podría ser. Hacia atrás no se podía ir, únicamente hacia adelante, era similar al hecho de que a su espalda se hubiera producido un derrumbamiento, que dejó un pequeño hueco por el que se podía mirar, pero pro el cual no cabía ni el dedo meñique.

Dejó escapar un suspiro, mas se negó a entrar, pese a la invitación de Tom al regresar al interior de la vivienda, creía que las paredes la iban a poner tal delgadita como si fuera una hija de papel, aunque antes le extraerían hasta el último soplo de aire. Fuera, pese al frío, sentía que el aliento no le faltaba y el corazón latía con fuerza.

Pero no quedarse helada allí en pie, comenzó a caminar dirigiendo sus pasos al centro del jardín done las macetas de barro ofrecían los colores de sus flores algunas, incapaces de abrirse al sol, pero que en la noche, se abrían

perfumando el lugar con un aroma embriagador.

También en el huerto las verduras y hortalizas parecían crecer bien, aunque ella no sentía ningún deseo de comerlas, lo que en verdad deseaba era un buen bocadillo de calamares, los probó durante un viaje de su padre a Madrid y volvió a comerlos de vuelta en Zaragoza. Desconocía cual de las dos formas le gustaba más. Si con salsa de tomate picante y mayonesa con ajo, o sin salsa.

—Sé que te va a resultar extraño, peor te lo voy a decir y tú ya decides.

Hellen quedó extrañada, curiosa por las palabras de Tom que la habían sacado de sus pensamientos, pero con desea de saber que quería decir aquella persona joven que si bien todos los hombres tenían un fuerte olor a tabaco, alcohol, sexo y bar, él no lo tenía. Su olor, con al chaqueta azul sobre sus hombros, era diferente. Masculino, pero suave, como si fueran claveles o jazmines. Le gustaba y le resultaba conocido, pero eso lo calló.

—Pues venga, tú dirás.

La invitación a hablar de la joven le sorprendió. Temió que después de lo ocurrido, ella misma se negaría a una conversación, un consejo o incluso una palabra, pero estaba ahí y, por lo tanto, era el momento de conocer un poco de ella.

—He investigado un poco —dijo con seriedad—, y no hay ningún dato sobre tu madre. No lo hay ni en el Registro.

—¿Y por qué pasa eso? —preguntó deteniendo su paso, dándose cuenta de que la remota posibilidad de dar con ella desaparecía por completo.

—Solo por dos motivos —respondió con la cabeza gacha delante de ella, dispuesto a ocultar el otro detalle aunque le fuera la vida en ello—. Te abandonó al nacer o murió en el parto.

—Vaya... las dos explicarían el motivo del silencio de mi padre respecto a ella —dijo Hellen.

—Sí. Las dos, pero no sé si quieres que siga —dijo con tranquilidad—, es decisión tuya. Yo, descubra lo que descubra no diré nada en la entrevista hasta que tú no lo digas, y, si prefieres que lo mantenga en secreto, adelante, será un placer.

—Pues... ¿me dejas que lo piense? —preguntó temiendo la respuesta y lo que ella llevaría consigo.

—Por supuesto que sí —respondió él con una leve sonrisa—. Todo el que tú necesites, no lo incluiré en la entrevista, pues es algo bastante personal.

—Gracias —dijo con una leve sonrisa, al tiempo que sentía como si le quitaran un enorme peso de encima, un peso tan grande que de seguir más tiempo encima acabaría con ella.

La charla continuó con trivialidades que, si bien no le indicó nada importante, si que le sindicó que los dos tenían mucho en común y se compenetraban.

—Vamos dentro, yo me siento mas que bien con tu chaqueta, pero creo que tú la empiezas a necesitar, refresca mucho de noche, pese a lo hermosa que es —dijo mirando las estrellas—. Las estrellas cuentan historias que ya quedaron en el olvido, pero que sigue ahí, como queriendo recordar todo lo que antes no enseñaban.

—Sigue hablando por favor —dijo Tom de regreso a la vivienda cuya puerta abierta parecía dispuesta a acogerles—. Me gusta cuando hablas así. Si hablar no te molesta, que se es así me voy, es tarde.

—¿Pero qué dices? —preguntó el Conde—Vamos hombre, los dos sois de la misma edad, no tenéis amigos y esta noche lloverá de nuevo. Seguro.

—¿Y cómo es eso posible que lo sepa? —preguntó con extrañeza, sin recordar que en los informativos ya habrían dado el tiempo.

—Pues porque ya está lloviendo —respondió antes de cerrar la puerta tras ellos—. Pero no importa, puedes quedarte.

Tom accedió a ello, deseaba quedarse pero le daba la impresión de que podía ser una molestia, aunque con la lluvia prefirió quedarse apenas si llevaba con el carné de identidad poco más de un mes, nunca había cogido un coche en plena lluvia sin un copiloto. Era de noche y estaba cansado.

—De acuerdo, me quedaré —dijo con una sonrisa apagada.

—¿Qué sucede? —preguntó Hellen sintiendo que un soplo de aire frío la atravesaba, pues aquel joven no era el mismo que el del jardín.

—Nada, no sucede nada —respondió con calma intentando desviar la mirada.

—Pero sí te pasa algo —dijo Hellen con la chaqueta de Tom aún sobre los hombros—, estás triste. Muy triste, te lo noto. Sé que hay personas que incluso temen la lluvia, no creo que tú seas de esas, aunque... si te da miedo...

Tom negó con la cabeza sin saber que podía decir, al fin y al cabo le acogían después de que era él quien debía ser el que los atendiera como reyes por el enorme favor que estaban haciéndole.

Ya lo sé —dijo el Conde—. Estoy seguro de que es debido al hecho de que no ha dicho nada a su padre y de que le ha pillado tanto la lluvia como la noche. No le conozco, pero sí sé que es un hombre firme, estricto con las tradiciones. Que pase aquí la noche le va a costar más de un disgusto —dijo llevándole al comedor—. Pero no debe preocuparse, no pasa nada. Si he de intervenir, lo haré con gusto.

Hellen sonrió ante la propuesta de su padre. Él siempre ayudaba y ella observaba aprendiendo. Con un gesto mínimo, pequeño, escaso, hizo que el muchacho se sintiera mejor, pues incluso llegó a sentarse a la mesa con una sonrisa.

—Me alegra verte un poco más animado —dijo con alivio Hellen sentada a su lado y antes de que su padre estuviera cerca para oírla, bajó la voz—. He pensado en lo que me dijiste y es un sí.

—¿Un sí? —preguntó él extrañado, pues supuso que tal vez no lo iba a querer— De acuerdo. Te informaré de todo lo que descubra.

Hellen volvió a sonreír. En verdad no había pensado en ello, pero cuando hizo caso a su instinto, su padre la apoyó y protegió. Tal vez debía de volver a hacerle caso, tal vez las cosas iban mal porque dudaba de sí misma. Tal vez las cosas eran de ese modo porque era su vida, y no estar dispuesta a tomar decisiones era como dejar las cosas en las manos de extraños.

—Hazlo, ya veré si se publica o no, pero sea la respuesta la que sea te pagaré.

—No, no es necesario que me pagues, lo hago porque no quiero que vivas con la duda. Sé muy bien lo que es eso y sé lo que importa cerrar esa puerta —dijo Tom mientras el Conde entraba en el comedor—. Conde, tiene una hija muy inteligente.

—Gracias —dijo al entrar y verlos juntos—. Es agradable ver que mi hija no está tan sola. Tomar una decisión, tener con quien hablar y que no la juzgue es algo que le ha venido muy bien.

—A mí también me ha venido muy bien —dijo Tom observando al Conde—. Gracias por la invitación de esta noche.

—De nada —dijo el Conde—, espero que te guste la cena.

Cenaron con agrado, sin dejar de hablar del futuro y los planes, aunque los de Hellen resultaron ser más interesantes para Tom que los suyos propios. De hecho, incluso llegó esa misma noche haciendo uso de su pc, a comprar por Internet un lote de cuadernos, lápices, gomas de borrar y un archivador con al intención de que la joven tuviera material de escritura.

Lo único que lamentó fue que no pudiera estar cuando lo recibiera pero supuso que ella lo agradecería, aunque en realidad no lo hacía para que la joven le debiera nada, sabía que el Conde no aceptaría un pago ni por la cena ni por el alojamiento y él se sentía algo en deuda.

Aunque tuvo suerte, en cuanto llegó la mañana y se iba a marchar, recibió una llamada del Times solicitando un pequeño adelanto de la entrevista. Permaneció allí hasta poder hablar con el Conde y dar el adelanto esa misma tarde, justo cuando llamaron a la puerta.

—Un paquete para Hellen Jones —dijo el repartidor.

Hellen, sin comprender nada, firmó el albarán de entrega y abrió la caja, quedando impresionada de todo lo que en su interior había.

—¿Te gusta? —preguntó Tom con la chaqueta en la mano preparado para salir.

—¿Te marchas? —preguntó ella poniéndose en pie dejando la caja de lado.

—Sí, me han pedido los del Times un adelanto de la entrevista, ya lo tengo y he de ir —respondió él—. Volveré en un par de días.

—Te esperaré —dijo ella—. Gracias por el regalo.

Hellen no sabía bien que decir. Observó al joven salir de la casa, tomar el coche y alejarse por el camino de grava despedido por enormes árboles frondosos, en cuyas bases se podían ver algunas flores.

Regresó de nuevo a la caja, de donde comenzó a sacar todas las cosas para ver cuanto en ella había, para luego, agradecida, llevarla hasta la sal de lectura donde iba a tener su lugar de trabajo.

La caja le pesaba bastante, por lo que cuando llegó a la sala, lo hizo agotada, con el sudor cayendo por su rostro y el corazón palpitante por la emoción y el cansancio. No llegó a creer que pudiera pero lo consiguió y sentía que podía con todo lo que se propusiera.

Aunque estaba más preocupada por lo que Tom pudiera encontrar. No le importaba si su madre estaba muerta o la había abandonado, su padre estaba ahí y su meta continuaba cerca, con todo lo que podía necesitar a su alcance.

—¿Qué es eso? —preguntó curioso su padre, al entrar en la sala después

de llamarla dos veces sin conseguir respuestas.

—Es lo que me ha regalado Tom —respondió dejando que su padre lo viera.

El Conde echó una ojeada sonriente con todo lo que sus ojos veían y que le gustaba, pues le parecía algo impresionante. Una señal de que las cosas eran como debían ser, que había tomado la decisión correcta y que su hija sería una mujer feliz con la meta delante.

—Me alegro por ti. Él volverá en un par de días —dijo contando los cuadernos—, parece interesado en ti.

—Quiere averiguar lo que fue de mi madre y le he dicho que sí, pero me ha dicho que no escribirá sobre ello —dijo con la mirada perdida, segura de que era un error confiar en un extraño. Había metido el dedo en la llaga y herido a su padre, pero tenía 18 años y era la hora de seguir cerrando puertas.

Pero también sabía que existían ciertas cosas de las cuales pertenecía a ella encontrar motivo. Era ella la que estaba sin madre. No la necesitaba, mas todas las partes de su vida contaban con un principio y un final, menos esa.

Con la caja de gomas de borrar entre las manos, apoyada en la mesa barnizada, dejó escapar un profundo suspiro, que muy al contrario de lo que a ella mismo le contaron, no la alivió. Únicamente sacó lo que dentro tenía, que le quemaba.

—Toda mi vida he estado escuchando lo importante que es una madre en la vida de una mujer —dijo con la voz apagada, comenzando a temblar—. Lo ocurrido con Eve, Rose y Meghan me hizo dejar de pensar en ello, pero tengo miedo. Deseo saber por qué y qué ha pasado.

—Lo comprendo, yo no he tenido fuerzas para hablar y eso no te ha hecho bien —dijo su padre—, pero sí te diré que si deseas que hablemos, no tengo problema en que lo hagamos.

Hellen le observó. Su padre la miraba con cariño y había colocado la

mano izquierda en su hombre derecho, parecía sereno, pero ella sabía que eso no era cierto, le conocía muy bien, aunque hasta ese momento, él nunca le había dicho aquellas palabras, siempre decía:

—Ella se fue, nos dejó.

En ocasiones, le acompañaban las lágrimas, en otras la tristeza profunda... Mas en ese momento se dio cuenta de que lo mejor era aprovechar pues aunque parecía estar haciendo un enorme esfuerzo, daba la sensación de que resistiría.

—Bien, si eres capaz, hablemos. Sea lo que sea, lo resistiré.

Hellen habló con la intención de que su padre no cambiara de opinión, pues aunque ella temblaba, sentía un inmenso malestar similar a tener un millar de hormigas corriendo libres por sus extremidades y sentía ganas de cerrar la puerta a aquello para no abrirla nunca más, comprendió que era esa vez o nunca.

—Vamos a sentarnos.

Capítulo 8

Durante un rato, no dijeron nada, pero ninguno de ellos tenía idea del modo en el cual podían comenzar aquella conversación que, si bien era necesaria, a los dos les causaba una muy seria preocupación.

Mas no dudó el Conde en abrirse primero, consciente de que Hellen no podía.

—Cariño, ¿sabes algo de Yokohama o Kawasaki? —preguntó con la única intención de ponerla en situación.

—Son ciudades de Japón. Kawasaki está situada en la prefectura de Kanagawa en la región de Kanto y Yokohama, en la misma prefectura y región está a muy poca distancia de la primera —respondió sin complicaciones, conociendo los detalles a la perfección—. Y creo que se me olvida algo... Claro, que Yokohama es la capital de la prefectura de Kanagawa, y la segunda ciudad más poblada después de Tokio.

—Muy bien —dijo su padre así es. Yo vivía en Japón cuando ocurrió el terremoto de 1995. fue horrible y no quiero volver a vivir algo similar. Fui herido, quedé atrapado hasta que alguien me tomó de la mano y me sacó de entre los escombros, después de no sé cuanto tiempo. Aquel hombre me colocó sobre una especie de mesa o algo así, no lo sé. Me habló, me impidió que durmiera y en el Hospital donó sangre para los heridos. Comenzó a hablar conmigo y nos hicimos amigos. Su nombre era Takeshi Fujioka. Salvó muchas vidas donando sangre y rescatando de entre los escombros.

—Vaya, es un buen hombre.

Hellen agradeció para sí misma lo que aquel hombre había hecho por su padre y el resto de las víctimas de las cuales desconocía por completo el

nombre. Una luz de alivio la envolvió. Su padre estaba vivo gracias al acto heroico de un hombre, que tiró de una mano sin saber si sacaría un miembro amputado, un cadáver o una persona que podía fallecer en cualquier momento.

Pero rescató a su padre y deseaba agradecerle aquel acto.

—¿Dónde se encuentra ahora Takeshi Fujioka? —preguntó intrigada, la historia le parecía muy interesante— ¿Por qué nunca me has hablado de él?

—En el Cementerio Okunion, en el Monte Koya, en la prefectura de Wakayama, al sur de Osaka. Se tardan unas tres horas en llegar de Yokohama a Osaka y viceversa.

Hellen palideció un instante. ¿Tres horas? Bien, vale. Tres horas. Se puso en pie y caminó hacia la ventana, cuyas cortinas recogidas daban permiso a ver fuera como el cielo se convertía en un campo de batalla donde el sol y las nubes peleaban en un mano a mano para poder ver y conocer quien era el dueño del terreno.

Tres horas.

Aquellas dos palabras le eran muy conocidas, pues cada semana, en concreto cada viernes, su padre le decía lo mismo: hoy tardaré en venir, después del trabajo cogeré el tren para Osaka e iré a Koya. Nos veremos mañana sábado por la mañana.

—Supongo que no me lo contabas porque yo era muy pequeña y no lo iba a entender —dijo en voz alta con las ideas claras—. Pues ahora ya no soy tan pequeña, tengo 18 años.

—Lo sé, pero me cuesta mucho contarte lo que te cuento. Yo era muy amigo de Fujioka, pero no le pude salvar igual que él me salvó a mí. Un desastre natural nos unió y otro nos separó —dijo él poniéndose en pie y caminando hacia ella—. Fue apenas dos semanas antes de que tú nacieras. Quiero que comprendas una cosa: la amistad en Japón no es como en el resto del mundo. Aquí entablamos amistad con rapidez, pero allí, si se genera de

verdad confianza con alguien, y se le llama *shinyuu*, ya es para toda la vida, aunque allí suelen decir que una persona no tiene más de uno o dos *shinyuu*.

—Eso me parece bien, pues significa que no se llevan tantas sorpresas como nosotros —dijo Hellen abriendo el ventanal—. Sigue hablando por favor.

—No puedo...

Su padre dejó escapar un profundo suspiro y se alejó de la ventana.

—Espera, no volveré a preguntar, siéntate aquí. ¿Quieres algo?

—No, nada, prefiero descansar en mi habitación —respondió inmóvil, dando la espalda a su hija— ¿Puedes llamarme cuando esté la cena?

—Por supuesto —dijo Hellen enseguida—. Lo siento padre.

—Tienes todo el derecho de preguntar Hellen, yo yo la obligación de responder, peor no puedo, lo siento mucho —dijo y salió de la sala con rapidez.

Hellen se apoyó en el alféizar de la ventana, con al vista puesta en la puerta abierta, por donde la joven había visto marchar a su padre. Desconocía por completo el motivo de aquel dolor tan intenso, pero supuso que después de haber sobrevivido a un terremoto como el de 1995, para su padre sería algo que no podía explicar.

Lo poco que ella conocía de aquella tragedia eran cifras frías, pero aun así le parecían horribles: 6,9 en Magnitud de Momento, 6.434 víctimas... Desde entonces el 17 de enero es el Día de al protección ante el fuego y del voluntariado.

Ella tuvo suerte, pues cuando ocurrió el atentado en Londres en 2005, se encontra afuera del país, pasando las vacaciones en Escocia, por lo que no podía ni quería saber por lo que estaba padeciendo su padre, pero agradecía el esfuerzo y tenía un nuevo héroe.

Aprovechando que su padre iba a la habitación, decidió que iría al

despacho. Quizás entre los documentos encontraría algo. Estaba mal, pero peor le parecía obligar a su padre a contar algo que le dolía tanto.

Despacio, sintiendo que hacía algo que le costaría la confianza de su padre, se dirigió al despacho.

La puerta estaba abierta. Ni de pequeña entraba allí a registrar las cosas. A veces sí, cuando jugaba en el interior a la pelota porque fuera llovía, y se le escapaba. Otras cuando tenía el monopatín no siempre controlaba y más cuando iba por el camino de alfombras saltando.

Pero en cuanto fue mayor y dejó los juegos infantiles, allí no entraba nunca, a excepción de pedir algo.

Mas para registrar, nunca.

El pomo de la puerta le quemaba en la mano. Se arrepentía de aquello, pero era eso o que su padre prosiguiera con la historia pese a ese dolor. También estaba Tom, más habría cosas que no podría encontrar sin hablar con los implicados, siempre existían detalles pequeños que en los periódicos o en los informes policiales no aparecían.

Y esos eran los que ella buscaba.

Comenzó, una vez entró, por la mesa donde, a primera vista, no había nada relevante a lo que ella buscaba, pues lo que veía eran un par de libros de cuentas, un reloj de mesa, una lámpara, un portátil, un par de fotografías de ellos dos y unos bolígrafos y lápices.

Lo que sí encontró fue una pequeña llave en el interior del estuche de bolígrafo que ella no veían donde encajaba. En los cajones de la mesa no había cerraduras.

Se sentó en el sillón de su padre y observó la sala como nunca antes había observado: mesa de caoba, una estantería a la izquierda, dos plantas decorativas de plástico a cada lado, un sofá, dos sillones y una mesa frente a la chimenea, situada en el otro lado con dos estanterías estrechas a cada lado...

No había nada destacable, a excepción de que únicamente había un cuadro colgado sobre la chimenea.

Se puso en pie. Era un cuadro que encajaba y no en el lugar, pues todo parecía similar, del mismo color o forma, pero era extraño que hubiera un cuadro de la reina Victoria, cuando en el despacho no se veía nada en referencia a la corona.

Despacio se acercó para moverlo un poco, lo que hizo que encontrase una caja fuerte, que se abría con llave.

Regresó a la mesa. Tomó la llave, acercó la mesa de café a la chimenea, se subió y dejando la llave sobre la repisa, retiró el cuadro con mucho cuidado.

—Dame —dijo una voz sujetando el cuadro—, pesa un poco.

Hellen acertó sin atreverse a mirar por si era su padre dispuesto a decirle lo que pensaba de ella y de aquel acto tan vergonzoso que nunca podría borrar, ni tampoco pagar. Sabía que cuando se comete un crimen, se va a prisión y se paga así la deuda con la sociedad, pero ¿y ella? ¿Y ese acto?

—Yo...

Quería hablar, pero no podía, un nudo en la garganta le impedía respirar y le hacía imposible el acto de formular cualquier palabra.

—Tranquila, no pasa nada —dijo aquella voz—, lo comprendo.

Hellen bajó de la mesa. Era consciente de que aquella voz era de su padre, aunque no sonaba su voz enfadada, únicamente cansada.

—Puedes abrirla. La combinación es 17, 22 y 11. luego usa la llave. No te voy a decir nada, ni tampoco lo haré mañana, ya te lo he dicho: estás en tu derecho.

—Pero no está bien —dijo mientras luchaba consigo misma por no llorar.

—Yo no tengo fuerzas para contarte toda la historia, tú debes abrir la

caja y saberlo. Las pruebas están ahí.

Hellen le observó. El rostro de su padre estaba compungido por el dolor, pero no estaba enfadado, y su mirada la observaba con cariño. Ella le abrazó dejando que unas lágrimas humedecieran el hombro del Conde.

—De acuerdo, pero sea lo que sea, te quiero.

Tras esas palabras, Hellen volvió a subir. Puso la combinación después de que su padre le repitiera los números y giró la llave que encajó casi por sí sola.

Abrió la caja.

Había muchos documentos en su interior, desconocía cuales eran los que a ella le interesaban, pero tampoco los quería coger todos, únicamente los que le interesaban.

—Coge todo lo que hay —dijo su padre—, todo eso te afecta de una u otra manera.

—De acuerdo.

Hellen cogió los documentos y con la ayuda de su padre, quien la tomó por la cintura para bajarla. Pese a que cada vez lo veía más apagado, no titubeó a la hora de tomarla y ella no sintió frialdad, todo lo contrario. Sintió su calor, su cariño.

—Siéntate y si tienes alguna duda, pregunta —dijo mientras con las manos temblorosas, cerraba la caja y colocaba de nuevo todo en su sitio, antes la atenta mirada de la joven que intentaba comprender si debía o no seguir y dar el paso decisivo.

Pero se decidió, pues era quizás la última oportunidad para ella, la última en la cual pudiera cubrir con la verdad los huecos vacíos de la investigación de Tom, por lo que, resignada, comenzó a leer los titulares de los recortes de periódico, todos en relación al terremoto de Kobe. También había algunos de otro terremoto, uno del 1997 en el norte de la provincia de

Jorasán en Irán.

—En ese perdió al vida mi amigo.

—Vaya, lo siento muchísimo padre —dijo con tristeza—. No hay fotos de él.

—No. Todas estaban en Japón, en el pueblo donde vivíamos —dijo con tristeza—, no quise evitar ningún recuerdo de él a sus padres.

—Comprendo. Entonces, ¿no posees nada suyo? A parte de...

—Sí, tengo lo más importante —respondió dirigiéndose a un sillón donde se dejó caer mientras decía aquellas palabras que creyó nunca podría decir—. Algo que él nunca ver: su hija.

Hellen le observó perpleja, con los recortes de periódico en el regazo y la sensación de haber abierto la caja de Pandora, y de que lo único que quedaba era la esperanza, pero hasta esa se esfumaba despacio, muy despacio.

—¿Su hija? —preguntó al tiempo que detenía la esperanza en pleno vuelo.

—Su hija —respondió el Conde hundido en el sillón con las manos cubriendo su rostro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó aún sosteniendo la esperanza, pero con dificultad, pues si aquel hombre que estaba delante no era su padre ¿por qué estaba ella con él en lugar de con su madre?

—Lee la carta que verás entre los recortes —respondió el Conde inmóvil. Llorando.

Hellen la buscó y encontró dos cartas. Una con un remitente desconocido y otra de Takeshi Fujioka con matasellos de Jonasán. Abrió la segunda y la leyó para sí.

“Querido Eric:

No sabes lo mucho que te agradezco que cuides de mi esposa hasta mi regreso. Los días se me están haciendo

muy largos y el trabajo parece que no avanza porque no quiere. Aquí las cosas son muy diferentes, pero me queda el consuelo de saber que en tres días podré regresar a mi hogar, junto a mis seres queridos. Mi esposa y mi hija son lo más importante para mí, y cuando mi pequeña Hellen sea capaz de comprender, le diré todo lo que estás haciendo por ella y por su madre, mientras yo trabajaba tan lejos del hogar.

Te quiero mucho, eres mi shinyuu y aunque no soy capaz de decir esto cara a cara, agradezco la valentía de haber tirado de tu mano tras el desastre que nos unió.

Afectuosamente:

Takeshi Fujioka.

Pd: Te he comprado muchas cosas que al verlas me han recordado a tí. Ansío ver tu rostro cuando te las entregue. “

Hellen lloró desconsolada. Dejó caer los documentos en su totalidad al suelo, sin poder evitar que el orden de su padre desapareciera. Bueno, padre... Desconocía que sentía, si dolor, rabia, cariño, agradecimiento... El Conde hizo todo lo que pudo para que el deseo de su amigo fuese cumplido, pero ella vivió engañada toda su vida. ¿Por qué no lo supo nunca? Tenía derecho, aunque eligieron por ella y eso la desagradaba y mucho. Si Takeshi era su amigo ¿por qué nunca le había mencionado? Le hacía daño, pero ella siempre había preguntado pro su madre ¿por qué no dijo nada nunca? ¿Dónde estaba ella?

Le dolía mucho esa realidad. La respiración le fallaba, el corazón latía

con tanta fuerza que se le iba a salir del pecho. Incluso las venas le iban a estallar, pero lo peor era la sensación de que se caía a un vacío sin que nadie la ayudara y sin una piedra que le permitiera sujetarse.

Se sentía sola. Sola y engañada.

Capítulo 9

Tom también tuvo sus encuentros con la historia de Hellen, pues en su investigación, localizó a la familia Masimoto, una pareja cuya hija había deshonrado el apellido al abandonar a su hija tras el trágico fallecimiento de su esposo.

La niña fue aceptada como hija propia por Eric Jones, el Conde de Oxford. Pero desgraciadamente, la historia solo aparecía en los registros japoneses, se habían movido muchos hilos para que en Londres no constara.

Con los datos confirmados, tomó una copia para la joven y partió en dirección a la casa. La entrevista en ese momento no le interesaba. Lo que sí deseaba era dar una respuesta a quien la necesitaba.

Pero cuando llegó ilusionado con las respuestas, quien le abrió fue el mayordomo moviendo constantemente la cabeza y hablando tan bajo que parecía que ni él mismo podría oír su propia voz. La llevó a la sala donde padre e hija se encontraban con el deseo de romper el hielo de la tarde anterior, pero no sabían ninguno como hacerlo y entre ambos, el precipicio era demasiado grande.

En un principio, no supo si hablar, dejar los documentos y marcharse o irse sin dejar nada, pero Hellen, contra todo pronóstico, se puso en pie y caminó con paso dubitativo hacia él.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó con la garganta dolida por la dificultad a la hora de hablar.

Tom desconocía si debía hacer tal cosa, la tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo, pero se sentía incapaz de decir no a la joven y le entregó el informe acompañado de dos fotografías. Hellen tomó el informe y, al echar una vista, tomó una de las fotografías y se la mostró a Tom.

El Conde proseguía observando la ventana dando al espalda a la puerta y a los jóvenes, que parecían muy interesados en los documentos.

—¿Es Takeshi Fujioka? —preguntó al ver la del hombre.

—Sí, es él —respondió Tom—. Verás es...

—Lo sé —dijo ella firme—. Por eso te he preguntado si es Fujioka. Dime ¿qué ocurrió? Ya que sé que soy huérfana de padre biológico, quiero saber todo.

—Pues según los informes de Japón, él perdió la vida, pero antes nombró al Conde padrino de su bebé. Una niña que nació dos semanas después, pero cuya madre...

Hellen echó una ojeada caminando hacia la mesa central y leyó:

—... la madre, la señora Fujioka, hija de los señores Masimoto, dejó a su bebé en el Hospital y no se supo más de ella hasta el día de hoy —dijo más enfadada que otra cosa—. ¡Esto es el colmo!

Soltó los documentos sobre la mesa con rabia. Una de las fotografías, la de Fujioka, resbaló de entre los documentos sin que nadie se diera cuenta planeando levemente, para descansar en la alfombra.

—Mi padre no es mi padre, mis amigas no son mis amigas, mi verdadero padre está muerto y mi madre me abandonó al nacer. Muy bien. ¿Qué hay más?

—Si necesitas hablar... —respondió Tom con tristeza— No puedo saber que sientes, pero quizás un oído te sirva.

Hellen se acercó a Tom. Le dio un beso en la mejilla y le sonrió con amargura, antes de hablar con la mayor calma que pudo:

—Gracias por el trabajo que has hecho, nunca podré pagarte todo lo que por mí has hecho. Ya hablaremos.

Se marchó de la sala en dirección a su habitación, cuya puerta cerró nada más entrar, para tumbarse en la cama boca arriba, con la cabeza apoyada en las manos entrelazadas y las rodillas dobladas fija la mirada en la techo liso y

blanco donde la luz del sol jugaba con las sombras de los árboles, los hierros de las ventanas y la falda de las cortinas. Pero ella no veía figuras imposibles, al contrario.

Lo que veía eran recuerdos del pasado, situaciones en las cuales junto al Conde reían, paseaban por jardines, parques, calles. Celebraciones de cumpleaños en las cuales ella soplabas las velas de una enorme tarta de dos pisos decorada cada año de manera diferente. Paseos en otoño con castañas asadas en un paquete de papel. Paseos invernales con la nieve bajo los pies. Felicitaciones después de haber conseguido una buena nota en los exámenes o incluso cuando un día suspendió, no hubo riña, fue todo lo contrario, la charla le hizo ver donde se había equivocado y que podía hacer para evitarlo. Recuerdos que la llevaban a los grandes almacenes acompañada del ama de llaves porque él desconocía la ropa que a ella le iba bien.

El Conde siempre estuvo ahí, nunca le falló. Si prometió a su amigo que la cuidaría, lo hizo muy bien.

Demasiado bien.

La joven sospechaba que quizás debía respirar, debía quedarse con lo que tenía y con lo que poseía gracias al acto del Conde. Pero después de su comportamiento, desconocía como era posible que la perdonara, se había comportado cual niño a la que le habían quitado un juguete, pero él tenía razón. Le dolía aquello y le dolía porque la quería.

Pero ¿cómo hablar?

Se puso en pie y caminó hacia la ventana, donde el Conde y Tom conversaban sin que ella pudiera oír, desconociendo por tanto que ella misma era el centro de aquella charla entre setos y flores con una hierba verde, fina y corta casi como una alfombra que nadie fue capaz de tejer por su magnificencia. Una magnificencia que para el Conde no significaba nada en comparación con Hellen.

—Yo la quiero, es mi hija, pero no sé si ella aún me quiere o tienen el menor aprecio —dijo apagado—. Prometí a su padre que la cuidaría como si mi hija fuera, y creo que lo he cumplido, pero en algún punto me he tenido que equivocar. No sé en cual, pero ojalá lo supiera.

—Se lo puedo decir si usted lo desea —respondió Tom temiendo que las cosas estuviera mal por culpa suya, aunque consciente de que ya peor no iba a ponerse la situación.

—Pues adelante —dijo con resignación.

—Su error, a mi parecer, es que la quiso demasiado como hija desde el principio, eso es todo. Nunca le dijo la verdad y eso es lo que más le ha dolido, que se la ocultara. Lo de su madre es normal pero lo de su padre... Era su amigo.

—Comprendo —dijo deteniendo el paso con resignación—, ¿cómo lo corrijo?

—Lo lamento mucho Conde, pero la vida no me ha dado suficiente experiencia como para responder a esa pregunta —respondió Tom con la mirada fija en el hombre—. Puede, no obstante, pensar en ella y en como se puede sentir. Quizás de ese modo podría conocer alguna frase que le ayude.

—Tranquilo, es normal, eres muy joven —dijo el Conde.

—Sí, lo soy, pero sé mucho de la vida. Ya me ha dado más de un escarmiento —dijo cabizbajo, antes de tomar un diente de león florido y soplar con suavidad. Las semillas blancas de la flor salieron volando sin detenerse, hacia arriba, como si fueran plumas de las alas de un ángel.

—A Hellen también le gusta hacer eso.

—Es divertido —dijo Tom—. Muy divertido. Ensancha el corazón.

—Ojalá a mi alguien me lo hiciera, y pudiera encontrar todas las respuestas —dijo el Conde con dulzura—. Pero estoy perdido, alguien me ha encerrado en un laberinto, han tirado la llave y no me han dejado ni un trozo de

mapa.

—Pues siga a su instinto —Tom no le observó, al contrario, seguía viendo que las semillas volaban.

El Conde escuchó aquellas palabras con atención. Las comprendió, pero no sabía bien que hacer, pues al fin y al cabo, seguir su instinto era algo extraño, nunca lo había hecho. Preguntó a Tom, mas este no supo que responder en un primer momento.

—Tom...

—Conde, comprenda que me ha preguntado algo muy difícil de responder. Para mí es complicado dar determinadas explicaciones, pues nunca las he recibido. No digo que yo no comprenda a mi padre, digo que él nunca ha visto motivos para explicarme las cosas, las he dado por hecho y él igual —respondió mirándole al fin—. Lo que instinto no es algo que se pueda explicar como lo es atarse los cordones de un zapato. Es un sentimiento que te quema por dentro.

Tom temblaba de fresco. Había dejado su chaqueta en el interior del coche, aunque no creía que fuera el momento adecuado para irse de donde se encontraba, el Conde le necesitaba, pero no lo decía.

Quedó allí, quieto, pensando en algún lugar cálido, en un jardín japonés en el que jugando con una niña de lo que no recordaba ni nombre ni rostro, iba con un pantalón satinado de color azul, atado a la cintura con un cinturón rojo y una camiseta sin mangas, de cuello redondo del mismo color que el pantalón y la misma tela. Calzaba unos zapatos planos color negro sin calcetines. Jugaba con la niña con un elefante de piedra, en un arroyo lleno de carpas y koes, con un hula-hop, leían juntos, coloreaban e incluso hacían los deberes y comían. Ella se comía sus zanahorias y él sus pimientos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el Conde.

—Sí, únicamente me he despistado. Lo lamento.

—No te preocupes, a mí también me pasaba cuando tenía tu edad.

Tom le observó algo cansado. Su padre siempre le decía de niño que un hombre no se quejaba ni tampoco hablaba de sus males, pero no podía evitar que el nerviosismo le provocara molestias en el estómago y el frío aumentase hasta hacerlo tiritar.

—Lo lamento Conde, pero necesito ir a mi coche en busca de la chaqueta —dijo mientras se ponía en pie, para sentarse de inmediato a consecuencia de un breve mareo.

—Quédate aquí, yo iré —dijo el Conde de pie—. Necesitas descansar.

Tom no se insistió. Era consciente de que el malestar era provocado por todas las situaciones existentes, puesto que a la presión del trabajo, había que añadir que los recuerdos de la niñez no le dejaban dormir, y que el miedo a acabar con la felicidad de una familia, le atormentaba con fuerza.

Pero de todos modos, sabía, la verdad tenía que salir a la luz, mientras más tardara peor, pues al herida sería mayor y el dolor muy superior.

Sabía desde pequeño una frase que escuchó en una ocasión y que se le quedó clavada: el tren pasa una vez en la vida. Si el tren de la verdad no volvía a pasar, Hellen jamás conocería lo que ocurrió y viviría toda la vida preguntándose algo cuya respuesta era... bueno, cuya respuesta él conocía.

—Toma la chaqueta —dijo el Conde entregándole una chaqueta azul oscura—. Abrígate.

—Gracias Conde.

—Llámame Eric, te lo dije el otro día.

—Sí, pero...

—Sin peros. Me llamo Eric, del mismo modo que mi hija se llama Hellen.

—De acuerdo, lo recordaré.

Tom esbozó una sonrisa antes de ponerse la chaqueta que le ofreció un

calor bastante interesante. No era un calor como el que necesitaba, pues ese era diferente, pero le aliviaba un poco y eso ya era algo.

—Vayamos dentro —dijo el Conde—. En la sala de lectura estaremos bien, quieren enseñarte algo.

—Como desee.

Los dos se dirigieron a la sala en silencio, cada uno con sus propias ideas.

El Conde, entrando en la sala, no dudó en enseñarle una fotografía que mostraba un escudo, que sacó del cajón de la mesa situada en la esquina. Dicho escudo tenía un lema grabado: “De aquí luz y conocimientos sagrados”.

—Es el lema de Cambridge —dijo con una sonrisa Tom tomando la instantánea, con felicidad.

Le gustaba ver aquello, pues era algo que le recordaba momentos pasados. Todo lo vivido en los años que en Cambridge pasó, regresó a su memoria. El colegio Magdalene era muy agradable y tenía buenas amistades, pero ninguna era como la de la niña que se marchó a Londres antes de que su padre fuese llamado a Cambridge.

—¿Estuviste allí? —preguntó el Conde.

—Sí, y tengo buenos recuerdos, pero no sé muy bien que pasó. De la noche a la mañana mi padre fue llamado a Londres y se convirtió en oficial de la Guardia de la Reina.

—Lo lamento.

—No, no diga nada. Las cosas son así, pero me ha sido grato ver esto. Gracias —dijo devolviendo la instantánea.

—Quédate con la fotografía, yo tengo más.

Tom la volvió a observar. Su uniforme escolar tenía el mismo escudo, y también lo tuvo en la puerta de su habitación cuando vivió allí.

Ya en Londres lo pasado fue pasado y no hubo quien hablara de nada. De

hecho, cuando quería hablar, su padre y el ama de llaves se adelantaban comentando lo mismo como si fueran un par de muñecos a los cuales les habían dado cuerda:

—Eso pertenece al pasado, de modo que silencio.

—Bien, me callo —decía siempre, mientras intentaba cambiar su pensamiento por algo diferente.

—Así se hace.

Tom quedó en silencio. Guardó la fotografía en el bolsillo interior de su chaqueta, dirigiendo su paso al sofá donde tenía intención de sentarse, pero no llegó a hacerlo, pues al mirar a la mesa central, pudo ver que los papeles se encontraban en el suelo.

Dirigió sus pasos a ellos y los recogió. Guardó de nuevo los documentos en una carpeta de mano, que dejó en la misma mesa. Se alegraba de haber podido ayudar a Hellen, aunque no podía dejar de pensar que quizás había cometido un error: exceso de confianza.

Creyó que no habría tanto detrás, que no sería tan duro, pero lo cierto era que sí resultó difícil y duro. Demasiado.

Volvió frente a la chimenea y se sentó. Las lágrimas caían por sus mejillas amargamente. Sentía algo por esa joven, algo muy especial, pero no sabía el qué.

—Hábleme de la infancia de Hellen en Japón —dijo al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

Capítulo 10

El Conde le observó tímidamente. ¿De su tiempo en Japón? De aquello hacia mucho tiempo, y además él no conocía mucho, solía empezar a trabajar sobre las ocho de la mañana y no terminaba hasta las cinco y media.

—Yo sé muy poco.

—Cualquier cosa que sepa.

Tom hablaba al Conde pero por primera vez, no le miraba. Ciertos detalles estaban saliendo a flote en el mar que era su memoria. Unos detalles que no se sabía si iban o no poder ser de utilidad. Aunque algo le decía que sí.

El Conde le habló de como dejaba a su hija al cuidado de unos vecinos. De como la recogía y no siempre se encontraba en la casa, pues si el matrimonio llevaba al niño al parque, también se llevaban a la pequeña.

Las palabras del Conde despertaron la curiosidad de Tom y su memoria, pero lo que más le llamó fue lo del parque.

—Hable de eso, de ese parque y de esas personas.

—¿Lo vas a publicar?

—Usted hable, ya le digo yo en que quedamos.

—Bueno, confiaré en ti, pero no me la juegues.

El Conde se sentó junto a él y comenzó a hablar, desconociendo que Hellen escuchaba detrás de la puerta sin que esa fuera su intención puesto que ella había bajado dispuesta a pedir perdón a su padre, y justo cuando su mano se encontraba en el pomo de la puerta, oyó la extraña petición de Tom. Una petición que se mantuvo en su mente rebotando continuamente, incapaz de poder hacer otra cosa que oír aquellas palabras, hasta que comenzó a haber y entonces, como si de las piezas de un puzzle se tratase, todo comenzó a tomar forma.

Las piezas, solas, se colocaban formando un paisaje semejante a la

pintura del impresionista Claude Monet, quien con aquel puente simbolizaba el paso del pasado al presente. Un paso que la liberó por completo, mostrando el sol de entre las nubes.

Además, con un rostro, los recuerdos eran más vividos, más sentidos y más reales. Sonriente y llorando al mismo tiempo, rememoró aquel día en el que su padre la llevó por primera vez. Tenía tres años y el niño se le acercó con una amplia sonrisa y un regalo envuelto con delicadeza engalanado con una rosa de papel. Lo abrió y encontró una muñeca de trapo que aún conservaba.

—Seremos buenos amigos Hellen, me llamo Hikari.

Eso era lo que menos comprendía. Aquel hombre se llamaba Tom pero ella recordaba a un Hikari. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué ese cambio de nombre?

Continuó escuchando, pero lo único que consiguió fue más recuerdos, como cuando ella enfermó y no pudo ir al colegio. Hikari acudió, le explicó todo lo que había dicho el profesor y le entregó los deberes, pero como no se encontraba bien de salud aún y la fiebre volvió, él mismo le hizo los deberes. Repitió aquello durante toda la semana que permaneció en cama.

Y cuando estuvo en mejores condiciones, no la dejó sola ni un momento, consciente de que aún se encontraba débil.

Aquel cariño, aquella confianza que se tenían, la hizo recordar un detalle: *shinyuu*. Los japoneses decían que había uno o dos en toda una vida. Por ella no tenía, porque había comprendido mal la amistad.

Se apartó de la puerta emocionada, deseando abrir y echarse en los brazos de aquel que tanto significó para ella cuando más lo necesitaba, cuando su padre iba a trabajar, cuando viajaba, cuando los otros niños se dedicaban a burlarse de ella porque no iba con los demás a ver los partidos de béisbol, los jugaba con su amigo, igual que él le pedía a ella ayuda en algunos

juegos.

Se compenetraron y era algo que nadie comprendía. Nadie, a excepción de ellos mismo que, en silencio, solo con la mirada, ya sabían lo que querían decirse.

Caminó llamada por la intuición hacia la sala de juego, donde sin conocer motivo, abrió una caja con la ayuda de unas tijeras y envuelta en una manta rosa, extrajo una muñeca de trapo con el cabello de lana en color rosa, con unos patucos también en rosa, una camiseta blanca y un pichi azul del mismo color de sus ojos. A su lado, estaba una cajita de cristal con la rosa de papel en su interior.

Tomó las dos cosas y bajó en busca de Tom, pero no le encontró. Ya se había marchado.

—¿Volverá? —preguntó agarrando con fuerza la muñeca sin percatarse de que la caja caía de su mano haciendo añicos, igual que sus ilusiones, cuyos pedazos se asemejaban a la nieve.

—Sí, pero tardará —respondió—. Le he pedido que venga la semana que viene, que traerá la entrevista lista para ser publicada, quiero antes ayudarte, debemos hablar.

—No tengo necesidad de ayuda, tengo necesidad de caminar adelante y dejar el pasado atrás —dijo seria, al tiempo que se dirigía despacio hacia la puerta de la calle, con la muñeca tan apretada que parecía ser algo vital para ella.

Se sentó en la puerta, llorando, en silencio a la espera de que él regresara. No quería pensar en nada, luchaba contra sí misma para que el pensamiento quedara dijo en una pared blanca. Blanca como al nieve o la camiseta de la muñeca. La cogió con las dos manos y la observó bine. Era la misma mirada de cuando la sacó de la caja, la misma de cuando dormía abrazada a ella. La misma de cuando entraba en su habitación y allí estaba, en

una silla, esperando.

Pero no sabía si Tom esperaba encontrarla allí. ¿Cómo lo iba a hacer? Se centró en la entrevista, luego en ayudarla...

Observó el jardín. Por un momento, recordó a Meghan ¿qué pasaría con el bebé? No supo que decir ni que hacer. Le entraron ganas de preguntar a su padre, pero guardó silencio, tomó la muñeca y decidió ir en busca de Tom, pidiendo ayuda al cochero, quien se afanaba en tener el vehículo lo más limpio posible.

—Cochero, ¿sabe dónde vive Tom? —preguntó consciente de que no iba a saber la dirección.

—No, lo siento —respondió secando el cristal del pasajero—. Pero sí me he fijado en la matrícula del coche y por ella podemos localizarlo.

—Pues adelante —dijo sonriente, sin soltar la muñeca pero alargando la mano hacia la puerta de vehículo con el propósito de abrirla—. No perdamos más tiempo.

—Pero Hellen, desconozco si su padre...

—Mi verdadero padre está muerto y mi padre adoptivo demasiado ocupado —dijo seria—. Vamos.

El cochero secó las ventanillas, recogió las cosas y entró en el coche.

—Voy con esta ropa o me pongo el traje, lo que quiera —dijo medio girado mirándola desde el asiento del conductor.

—Me da igual, no soy exigente —dijo tranquila, algo apagada, pero sin comprender el por qué en el siglo XXI, los cocheros debían ir tan etiquetados, el cochero iba muy bien con el vaquero y la camisa por dentro—. Mientras haya gasolina...

—El depósito está casi lleno, no se preocupe —dijo inmóvil.

—En ese caso, no se preocupe por la ropa —respondió ella—, tampoco yo voy como una dama —dijo señalando su quipao corto que era lo único que

la vestía, llegando a medio muslo.

El cochero puso el coche en marcha, mientras Hellen recordaba los momentos junto a aquel niño al cual ya le podía poner rostro. Un rostro que le era mucho más dulce y especial de lo que ella recordaba, o mejor, de lo que presentía.

Aquella muñeca que llevaba consigo, pretendía ser la prueba de su infancia, de su cariño, de su amistad. Aunque no podía dejar de pensar que quizás faltaba algo, una cosa que ella había dejando atrás sin darse cuenta.

Pero no podía pensar con claridad. Dejó escapar un profundo suspiro y se calló, observando que el cochero llamaba a un policía.

—Necesito su ayuda —dijo—. Busco a un joven, es un asunto del corazón, pero únicamente tengo la matrícula de su coche y que vive en la calla Strand en Londres.

—Un momento. Detenta el vehículo ahí y venga conmigo.

—Hellen, no tardo en volver, espere.

La joven asintió con la cabeza. Cada respiración le quemaba por dentro, le decía cosas incoherentes y la hacía sentir más cansada y con más sueño, aunque eso no le era extraño, el recuerdo de un niño sin rostro la acompañó en la infancia y adolescencia, como precursor de un futuro en el cual sería ella quien tomara al decisión de su camino, no sus amigas que desaparecieron ni su padre que, casualmente, estaba muerto. Algo más por asimilar, pero para lo que no tenía mucho tiempo ni ganas.

Lloró un poco, mas la sonrisa de la muñeca la tranquilizó, volvió a sentir que estaba protegida, que todo iba bien, navegaba por el pacífico en un barco de vela con el viento a favor y las rayos del sol acariciándola. El olor a agua salada lo envolvía todo, pero era agradable y a menudo algunos pájaros se acercaban para conversar con sus cantos.

Miró, llamada por la curiosidad, tras bajar el cristal de la ventanilla del

coche: el cochero y el policía conversaban tranquilos frente a lo que creía era un mapa.

Volvió a su lugar y esperó con paciencia, pero no necesitó mucha espera.

—Hellen, tengo la dirección de su padre, si lo desea, podemos ir —dijo el cochero mirando hacia otro lado.

—Sí, por favor. ¿Qué pasa?

—Pues... la tienda de helados está abierta. Su padre no me permite detenerme pero ¿me podría hacer con uno? Le traeré uno.

—Sí, puede. Yo lo quiero de chocolate.

—Enseguida vuelvo.

Hellen no dudó en salir del vehículo. Allí, apoyada en el vehículo, con sus zapatos casi planos, su quipao corto y su cabello suelto, la joven parecía mucho más joven, como casi una niña.

El cochero no tardó un instante en volver con dos cucuruchos de chocolate con silope de fresa.

—Tome, es para ti —dijo con una sonrisa—, espero que te guste.

Hellen se lo tomó sin decir una palabra. Aquel era su sabor preferido, pero eso ya lo sabía el cochero, al igual que ella sabía que su padre, el Conde, no le permitía al cochero ninguna parada porque siempre salía con el tiempo justo para estar el máximo tiempo posible con ella.

Eso era un detalle que no sabía como agradecer, pero se añadía a la larga lista de cosas por hacer. Había decidido que primero solucionaría lo de Tom y luego lo de ella, porque mejor era empezar a solucionar por el pasado.

—Te debo un helado —dijo al terminar y tirar la servilleta de papel a la papelera.

—Con una sonrisa estoy pagado.

Volviéron al interior del vehículo y se pusieron en marcha, mientras la joven, tranquila, pudo ir pensando en que diría a Tom cuando le viera.

Pero no pudo organizar todos sus sentimientos antes de llegar, pues estando en la calle, el cochero vio a Tom que llevaba la compra en dos bolsas y tocando el claxon llamó su atención.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó desde la acera sin comprender nada, al ver quienes eran.

—Es cosa de Hellen —respondió el cochero—. Si ella lo desea, yo lo cumplo.

—Pensé que ya los Condes no tenían tanto poder —dijo Tom con una sonrisa—, pero imposible decir no a alguien como ella.

Hellen no tardó nada. Al tener el coche detenido, tomó la muñeca, abrió la puerta y se arrojó a los brazos de Tom que la acogieron con rapidez dejando atrás la compra.

—Sabía que me cogerías Hikari —dijo feliz abrazando a aquel que tanto había necesitado—, siempre lo has hecho.

—Y siempre lo haré.

Hellen no soltó la muñeca que tenía sujeto por un brazo, pero tampoco dejó de abrazar al joven al cual tenía los brazos alrededor de su cuello, aspirando aquel aroma dulce que ya recordaba de donde conocía.

—Te he echado de menos —dijo él sin percatarse de que el zumo de su compra su había abierto, se derramaba por la acera cual río por el valle, arrastrando unas pocas hormigas recolectoras.

—Y yo también —dijo ella con una sonrisa que él no podía ver—. Aún somos amigos ¿verdad?

Se miraron a los ojos igual que cuando eran niños, e igual que por entonces, él, le acarició el rostro con la delicadeza de quien acaricia el primer pétalo de la primera rosa del año.

—Si tu quieres que seamos amigos, lo seremos, pero no tenemos cuatro años y si tú lo deseas, te entrego mi corazón —dijo observando la belleza de

aquella niña convertida en mujer.

—Yo...

Hellen no dijo nada. No pudo. Supuso que en un momento como aquel, las palabras servían de muy poco, y en lugar de intentar encontrar las palabras más adecuadas, permitió que él, la besara en los labios ante la atenta mirada de la muchedumbre que se había formado a su alrededor, y que esperaban unos poder avanzar con sus vehículos y otros poder conocer aquel desenlace tan hermoso, donde el amor se veía con claridad.

Se veía y se sentía. Los labios de los dos jóvenes se fundieron en un apasionado beso en el que el sol y la luna fueron uno solo al igual que ellos mismos. El suelo, la tierra y el cemento desaparecieron para dar paso al Universo, donde la pareja flotaba entre las estrellas, los planetas y la galaxias. Únicamente quedaban ellos dos, no había nadie más y no importaba nada, pues todo se hizo polvo que caió como lluvia de oro, sobre la pareja, mientras unos acordes sonaban en señal de bendecir aquella unión pero eran tan bellos que no podían proceder de ningún otro lugar que no fueran algo divino, y entonces, los dos pudieron decir las palabras que tanto deseaban decir y oír.

—Te quiero Hellen...

—Te quiero Hikari...

Ellos no se dieron cuenta, pero en ese momento, como si los ángeles quisieran bendecir aquel encuentro, las campanas de la Catedral de San Pablo, replicaron aleluya.

Y esos repliques no eran ilusión.

Capítulo 11

Caminaron cogidos de la mano por la acera, sin prestar atención alguna a la compra que quedó en el suelo abandonada, rotos los huevos, rodando las naranjas hasta detenerse por chocar con las ruedas de los vehículos aparcados, por las farolas, las papeleras y algunas por las esquinas de las viviendas. Pero eso no le importaba a Tom, como tampoco le importaba la harina, ni el zumo que creó un charco en el que un perro abandonado bebía.

Pero a Tom y a Hellen lo único que les importaba era que estaban juntos. Después de tanto tiempo, nada importaba más que ellos.

—Entra —dijo Tom abriendo la puerta de su vivienda.

—¿Cómo he de llamar a tu padre? No lo recuerdo.

—Llámalo Roger. Aunque su verdadero nombre es Zhao. Cuando vinimos aquí nos cambiamos el nombre —dijo antes de entrar—. Es un cambio demasiado grande y no ha sido fácil para mi padre. De hecho, dudo que él se encuentre cómodo aquí, en estos días le he visto tan apagado que empiezo a preocuparme de veras.

—Comprendo —dijo ella con tristeza—. Le llamaré Roger.

Entraron en la casa en silencio. No había nadie, ni un criado, ni un mayordomo ni una doncella. El lugar además de triste parecía abandonado, pues unas pequeñas telarañas se dejaban ver en las esquinas de la pared con el techo, en las patas de las sillas y sobre el espejo de la entrada. El resto del mobiliario tenía una capa de polvo que todo lo cubría.

—Lamento como está todo —dijo caminando por el hall hasta la escalera, cuya alfombra había conocido tiempos mejores—, pero me padre despidió a la servidumbre y apenas viene, a excepción de los días de

descanso. El resto del tiempo lo pasa entre el Palacio y el Club. Yo iba a vivir en el Campus de Universidad de Cambridge, pero cuando me enteré de las despedidas de los criados decidí venir aprovechando el verano —Llegaron a lo alto de la escalera y tomaron el pasillo de la derecha, el único que tenía algo de luz por una ventanal con cortina recogida—. El motivo de la entrevista y el apoyo del Times me dieron la excusa perfecta, pero no sé muy bien que hacer, estoy un poco perdido al respecto.

—No pasa nada —dijo ella—. Al menos así puedo ayudarte, tú siempre lo has hecho por mí.

—Te estoy muy agradecido, pero ojalá que en lugar de estar aquí pudiéramos estar en otro lugar —dijo mirándola fijamente a los ojos antes de darle un beso en la frente—. ¿Puedes esperarme aquí? Hablaré antes con mi padre.

—Te esperaré —respondió con una sonrisa, soltando la mano de Tom antes de que él entrase en lo que Hellen supuso, sería el despacho de su padre.

A pesar de todo, la curiosidad de al joven no la hizo escuchar detrás de la puerta. Quiso hacerlo, pero no lo consiguió, su fuero interno la hizo girarse y mirar por el ventanal que tenía a su lado. Los visillos eran blancos en sus comienzos, mas se encontraban amarillos con las marcas de óxido en los extremos de arriba. Los cristales, sucios, con marcas y empañados no permitían una buena visibilidad del exterior, aunque sí pudo abrir las puertas no sin cierta dificultad, pues los bajos de la madera estaba podrido debido al agua y el sol de lo que no la habían protegido, aunque había una persiana que podían haber usado, pero se encontraba rota.

La casa necesitaba mucha reforma, aunque sentía que a aquel hombre le debía mucho. Tal vez demasiado para estar pendiente de si era o no mucho dinero.

Si giró con una sonrisa amplia, cuando sin saber como, se encontró tras

la puerta del despacho escuchando la conversación. Una parte de sí misma le decía que aquello estaba muy mal, pero otra parte le recordaba las palabras de Tom: “la curiosidad, para muchos es un fallo de la personalidad, pero para mí, y debería ser también para ti, es un modo de conocer cosas que otras personas no quieren que sepamos”.

De ese modo, no tardó en escuchar.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, es él.

—Y la hija...

—Sí, así es: Hellen.

—Pero... no puede ser. Le perdimos el rastro.

—Pues lo encontré.

—Estás seguro por lo que veo.

—Sí, lo estoy. He investigado. Incluso hay documentos del Conde que lo demuestran.

—¿Y las cartas?

—¿Qué cartas?

—Hay dos cartas. Deben existir dos. Una de su padre verdadero: Takeshi y otra de sus abuelos, los señores Fujioka.

—No lo sé, le preguntaré a ella.

Hellen se apartó de la puerta con cierto miedo, pues no recordaba ninguna carta de los señores Fujioka. Sí de su padre, pero nada más. Quiso recordar, pero no tuvo suerte, lo único que recordaba era el rostro de su padre en la fotografía, que acompañaba los documentos reunidos por Tom.

Continuaba así, cuando salió de la habitación.

—Hellen, ¿recuerdas los documentos que te llevé? —preguntó intrigado observando como al joven seguía abrazada a su muñeca igual que cuando era una niña e iba a todos lados con ella.

—Sí, necesitas uno, la carta de los Fujioka, de mis abuelos. No lo sé creo que sigue en la sal de lectura —respondió, segura de que él ya sabía que ella había escuchado.

—¿Podrías recuperar esa carta? —preguntó con el deseo de acompañarla si ella así lo pedía.

—Sí, puedo —respondió inmóvil—. Puedo ir por ella y recuperarla.

—¿Te acompaño?

Hellen no habló, se limitó a responder con un movimiento positivo de cabeza que él comprendió con rapidez, aunque decidió que no irían en ese momento, se giró para hablar con su padre.

—¿Podemos ir mañana? Creo que a Hellen le iría bien descansar.

—Sí, ir mañana —respondió en voz baja que casi no se oía.

—No, gracias —dijo ella fingiendo una seguridad que en realidad no sentía—, es mejor que lo hagamos hoy, no vaya a ser que se pierdan ciertos asuntos, y entonces tu padre nunca podrá saber lo que desea.

—Yo tengo otra idea y es mejor que esas dos que habéis dicho.

El padre de Tom, salió de la sala con el semblante serio, pero no daba la impresión que estuviese molesto.

—Es mejor que vayamos todos, me gustará volver a ver al Conde y me sentará bien poder salir de aquí —dijo con una sonrisa pequeña pero sincera—. ¿Tiene un coche?

—Sí, lo tengo —respondió con cautela.

—Pues usemos ese medio de transporte y cerremos el pasado para poder mirar al futuro —dijo mientras cerraba la puerta y miraba la mueca que Hellen llevaba—. ¿Sabes? Cuando supimos que nos tendríamos que encargar de ti, decidimos que te íbamos a regalar algo. Recuerdo que Hikari quiso venir con nosotros y le llevamos, fue muy emocionante pero también temíamos que no se comportara bien, al fin y al cabo era muy pequeño. Pero no sabíamos que

comprar y fue él mismo quien tomó la muñeca y dijo: “este es el mejor”. Veo que no se equivocó.

—No, no lo hizo —dijo apretando con fuerza la muñeca—, es una muñeca que me gusta mucho y significa mucho también, nunca me he olvidado de ella.

—Pues no la sueltes, aún no se ha cerrado el pasado. Vamos a ello.

Bajaron juntos, encontrándose al cochero que con la bolsa de la compra, esperaba pacientemente en el hall apoyado contra la pared.

—Cochero... —dijo Hellen sin comprender nada.

—He comprado lo que se ha caído —respondió inmóvil.

—Lo lamento —dijo Tom, al tiempo que soltaba la mano de Hellen, para bajar los dos últimos peldaños con rapidez pasando por delante de su padre y dirigiéndose en dirección al cochero que se separó de la pared pero no soltó las bolsas—, ver a Hellen me hizo olvidar todo. ¿Cuándo ha sido la compra?

—No pasa nada, es emocionante ver que ríe y vuelve a tener ilusión —respondió con la cabeza gacha—. ¿Dónde dejó la compra? La distribución de esta casa me es desconocida.

—Dame, yo me ocupo —dijo Tom tomando la compra—. Te debo una.

—Nada, un placer.

Hellen observó la escena que le era muy conocida, pues desde pequeño, Tom ayudaba siempre a la servidumbre, incluso cuando llevaban cosas pensadas. En ese caso, los dos, ella y él, arrastraban el faldón, unas veces él caminaba hacia atrás y otras era ella. Lo peor eran las patatas: pesaban mucho, rodaban y manchaban el parqué que luego ellos tenían que limpiar. Para cuando terminaban estaban tan cansados que ni ganas tenían de jugar.

Se le escapó entonces una sonrisa que no le fue ignorada a nadie, aunque ella bajó la cabeza.

—No ocultes esa hermosa sonrisa que tienes —dijo Roger con seguridad

mientras esperaba a su hijo—. ¿Qué te avergüenza?

Hellen se encogió de hombros sin atreverse a hablar con claridad. Si fuera una chiquilla de pocos años, todo tendría sentido, mas en ese lugar la niña dejó de ser tal cosa hacía muchos años.

—Yo lo sé, pero no diré nada. Vámonos —dijo Hikari con una mirada triste pero serena, antes de regresar junto a ella para dar un tierno beso en la frente de Hellen y susurrar en su oído—. No te preocupes por nada, te yo protegeré.

Hellen sabía que a Tom no se le escapaban los malos recuerdos de la escuela, como tampoco se le escapaban que la historia de sus tres amigas él se la sabía de memoria, ella ya se lo contó, como también lo hizo su padre, y fue testigo de donde llegaba la ambición de una de ellas. Pero él desconocía cosas que ella nunca pensaba contar a nadie y menos aún a él.

—Hellen. Por favor, ¿qué ocurre? —preguntó ya en voz alta al ver que ella se mostraba triste.

—Nada, es que estos días... Hikari quisiera saltar y no pasar por nada más. Yo...

—Que no te encuentras bien es algo normal, yo lo sé. Pero solo vamos a tu casa, nada más. La charla será entre nuestros padres, nosotros ya no tenemos que hacer nada, ya lo hemos hecho todo.

—Entonces vamos.

La tomó de la mano y la sacó sin forzar, caminando a su lado, esperando a sus movimientos. Unos movimientos que a Hellen le gritaban pero que ella no quería oír, pues en cuanto cruzara la puerta ya no sería la misma. Lo sentía en el fondo de su alma. Sintió lo mismo cuando rompió la amistad con Eve, Rose y Meghan, y lo volvió a sentir cuando decidió que haría en la vida. Sabía que no eran momentos y listo, eran peldaños que iba subiendo en la escalera de la vida, aunque ninguno fue tan difícil de tragar como el del día de la

graduación, cuando recogió el Diploma y sus amigas se burlaron de ella, argumentando que su aún desconocía que estudiar en la Universidad era porque ninguna la aceptó. Aquello, comentado por Eve, que sabía de su aceptación en la Universidad la hizo enfermar.

Pero desconocía si Tom lo comprendería. Hikari sí, pero Hikari tenía 4 años y Tom tenía 19.

—Cochero, lleve a mi padre. Nosotros nos quedamos aquí —dijo con una triste sonrisa—. El Club es para caballeros pero las mujeres pueden ir en esta situación con más motivos.

—Desde hace 13 años el Ateneo admite mujeres, no habrá problemas.

—Gracias padre. Vamos Hellen, el Club esta aquí al lado, descansaremos allí y mañana ya veremos.

Hellen se despidió de su padre con respeto igual que Tom hizo con el suyo, para luego, con la muñeca aún en los brazos, caminar tranquilos, sin presas. Tenían tiempo suficiente para dar un paseo y para ella era más que suficiente, pues su cabeza estaba en orden, pero sus sentimientos no.

—Si quieres hablar, soy todo oídos lo sabes.

—¿Y cómo te llamo? —preguntó curiosa, deteniendo su paso ante un puesto ambulante, deseando que él dijera lo que tanto ella deseaba.

—Hikari es mi nombre verdadero, pero si Tom te gusta más —respondió al tiempo que le compraba una camisa de manga corta blanca, con decoración azul y roja en vertical—, me llamas así.

—Te llamaré Hikari —respondió mientras aceptaba el obsequio—. Gracias por esto, es precioso.

Volvió a cogerle de la mano. La camisa dentro de una bolsa de plástico la tomó con la mano izquierda, junto a la muñeca, que Hikari tomó con delicadeza con la mano derecha sujetando el juguete por la cintura .

—Creo que le voy a comprar algo a ella —dijo al ver una tienda de ropa

de bebé—. Mañana la pondré bien bonita.

—Ella ya es bonita, es la prueba de que nunca te he olvidado.

Se detuvieron tras aquellas palabras para mirarse una vez más a los ojos. Los de Hellen estaban siendo los mismo que él recordaba, llenos de ilusión y de paz. Brillantes. El rostro pálido empezaba a sonrosarse y sus labios brillaban. La ausencia de pintura no era el menor impedimento, pues él se los acarició con el pulgar, y, como si de un truco de mago se tratara, empezaron a tener color.

—Eres muy hermosa mi querida Botan —dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla, y soltando la mano de ella, le agarraba la barbilla. Verla de aquella forma, con los ojos cerrados y los labios despegados... La besó en los labios sin esperar nada en concreto, aunque recibió otro beso de vuelta y se quedaron allí, fundidos en un beso intenso, sin importarles nada, únicamente ellos mismos.

Pues los dos que todo había desaparecido, aunque lo que sí existía era un jardín con flores de mil colores, con un arroyo, un puente y unos árboles que ofrecían sombra y la música del aire entre sus hojas.

Ni se percataron de la lluvia que caía con fuerza sobre la ciudad. Los puestos cerraron, todos se quitaron, fue una precipitación que nadie se esperaba, pero ni Hellen ni Hikari dieron la menor importancia a ello y ni el frío sentían. Para ellos dos, lo que sobre ellos caía, eran gotas de oro.

Capítulo 12

La pareja no tardó mucho en llegar al Ateneo pese al paseo que decidieron dar, y de la lluvia que caió con fuerza unos minutos, pero que luego, cesó para dar paso a un cielo abierto salpicado de pocas y pequeñas nubes blancas, que daban la impresión de ser ovejas en un prado no verde, azul.

Llegaron al Club empapados pero felices. El portero no tardó en darles una toalla para que pudieran secarse, y llamó a un camarero, que no tardó en hacer acto de presencia.

—Vengan por aquí —dijo con una sonrisa en el rostro consciente de que la pareja no eran miembros del Club, aunque el padre de él si lo era, mas incapaz de dejar a los jóvenes con aquella ropa.

Les llevó a una sala donde pese a ser verano, les invitó a sentarse, para a continuación sacar una manta que extrajo sin dudar de un armario.

—Tras esa puerta hay un baño completo —dijo dando la manta—. Mientras uno puede darse un baño, el otro puede esperar abrigado. Pediré una muda de ropa, si deseas comer algo, cuando terminen pueden ir al comedor y si desean dormir aquí, se les puede dar una habitación.

—Muchas gracias —dijo Hellen con una sonrisa.

—A su servicio, señores.

Salió de la habitación dejando a la pareja sola, mientras Tom arropaba a Hellen y ella, tomaba la muñeca colocada con cuidado en el sofá donde ambos se encontraban, para comprobar que nada malo le había sucedido, mas no le ocurría nada, únicamente estaba empapada, como ellos.

—Aquí les traigo esto, espero que les vaya bien —dijo colocando una

muda para cada uno, completa—. Si lo desean nuestras lavanderas se pueden ocupar de la muñeca.

—Pues se lo agradezco —dijo Hellen entregando la muñeca—, es muy importante para nosotros.

—Será un placer —dijo el camarero—. Si necesitan algo más, por favor, no duden en pedirlo, estamos para servirles.

Hellen sonrió mientras se ponía en pie, dispuesta a tomar un vaso de agua fresca de la que tenía cerca: una botella y varios vasos de plástico de color blanco.

—Dúchate tu primero Hellen, yo iré después —dijo él ofreciéndole la ropa.

A ella le habían dejado medias, ropa interior y un vestido tipo quipao, color blanco con adornos dorados, en la zona del escote, y los puños, complementado con un legging también blanco, pero sin adornos. A él le dieron además de la ropa interior, unos pantalones vaqueros en azul, una camiseta de manga corta blanca y una camisa vaquera de manga larga.

Hellen no dijo nada, se limitó a sonreír y darle un beso en la mejilla antes de entrar en el baño.

Una vez ella estuvo lista y él se duchaba, Hellen dirigió al comedor sus pasos donde pidió de comer para los dos algo temerosa de cometer algún fallo en un lugar como aquel.

—Diga ¿qué desea tomar? —preguntó el camarero con la libreta y el bolígrafo en la mano dispuesto a tomar nota, al poco de ocupar ella un asiento en una mesa para dos al lado de una ventana.

—No sé... —respondió leyendo la carta hasta decidirse.

El camarero no tardó en aconsejarla con atención sin mirarla mal o quejarse, todo lo contrario. Preguntó si necesitaba algo pero ella no se atrevía a responder, de modo que en un primer momento, quedó mirando hasta que él

insistió:

—Cualquier cosa, únicamente ha de decirlo.

—Pues no sé si quien venía conmigo ha terminado de arreglarse.

—Informaré de ello. Un momento señora.

Hellen se miró las manos. Estaba temblando. El miedo, la vergüenza y el temor podían con ella y con sus pensamientos. Nunca llegó a pensar que comería en un lugar como aquel, que se ducharía en un baño como aquel o que se vestiría con un vestido tan hermoso. Sonrió emocionada al pensar en todo aquello, al sentir que todo era real y no fruto de una imaginación desbordante, en la cual los asuntos se compenetraban.

—Señora, ya viene —dijo el camarero.

—Gracias.

—Aquí estoy —dijo Hikari ocupando el asiento frente a ella—. El camarero ya me ha explicado. Gracias por pedir por mí.

—De nada —dijo ella—. Espero que te guste.

—Hellen —habló con la mirada en ella, tomando su mano con delicadeza—, amo la comida inglesa, pero lo que más amo es a ti.

La joven casi no podía creer lo que oía, pero tampoco quería suponer algo que comprometiera a su amigo, aunque si él la amaba...

Décadas atrás, los padres eran quienes se dedicaban a buscar un buen marido a sus hijas, pero el Conde, pese a su posición, no era de esos. Cuando leía que una joven se casaba, siempre decía lo mismo: “Espero sea su decisión”. Lo que él desconocía, era que ella opinaba casi lo mismo. Casi. Pero no lo mismo.

Los matrimonios concertados eran el pan de cada día en aquellos tiempos, permitían que la fortuna de una familia no fuera a pique. Ciertamente habría errores, pero una cosa llevaba a otra y una época, a otra época. Asumía que no todos opinaban como ella ni respetaban su opinión como ella hacía con

los demás, por lo que callaba.

Y delante de Hikari, todo aquello se removía en sus entrañas, hasta provocar más de un disgusto y más de una sensación de caída, pero su corazón bailaba de alegría.

—Y yo a ti —dijo, mientras veía que él se levantaba y arrodillándose a su lado, con la mano aún cogida, buscó entre los bolsillos con la mano derecha sin encontrar el anillo que no tenía, ante la mirada alegre de Hellen que luchaba por reír a carcajadas, pues le resultaba de lo más divertido, aunque veía con claridad que él lo estaba pasando mal.

Mas entonces, un hombre se le acercó y le entregó un anillo de compromiso en oro blanco con diamantes engastados en racimo. Hikari no lo dudó. Lo cogió y se lo colocó a una Hellen que lloraba y reía al mismo tiempo.

—Gracias.

—De nada, únicamente regresa a la familia a la que pertenece.

Hikari no pensó ni prestó atención a las palabras que había oído, ayudó a Hellen a ponerse en pie y se abrazaron, enamorados, uniendo de nuevo sus vidas y sus corazones como cuando eran pequeño. Pero ya eran mayores, y estaban dispuestos a todo por permanecer juntos el resto de sus vidas, cerrando otro capítulo de sus libros vividos, al tiempo que abrían uno, en el cual el peso y los recuerdos del pasado, tenían un lugar determinado en un pozo que ya había sido cerrado.

—Es muy hermoso, gracias —dijo Hellen al hombre que entregó la joya y aún permanecía allí.

—El anillo pertenecía a su abuela, a los señores Fujioka, pero no pasó a su madre. Su padre, Takeshi Fujioka, se lo entregó a mi padre, el cual me lo dio tras el fallecimiento de mi madre, con la condición de que el anillo regresara a los Fujioka.

—Lamento su pérdida. ¿Por qué el anillo no pasó a mi madre?

—Gracias. El anillo no pasó a su madre porque ella quedó embarazada antes de contraer matrimonio y rechazó el anillo una vez su padre quiso dárselo —dijo el hombre con humildad pero con una sonrisa cómplice—. Ella argumentó que no deseaba al bebé, por lo que se casaron con rapidez y de ese modo, quería quedarse con usted, pero como precaución, y siendo como era amigo del Conde, le pidió que si le pasaba algo, se quedara él con usted.

—Comprendo —respondió Hellen sin soltar la mano de su amado—. ¿Puede decirme quien es? No creo conocerle.

—Perdón, no me he presentado —dijo el hombre, entregando con ambas manos su tarjeta y bajando la cabeza en señal de reverencia—. Mi nombre es Daiki Hashimoto. He venido a Londres por orden de los señores Fujioka que desean saber como se encuentra su nieta. De paso, he aprovechado para visitar la ciudad, Londres siempre me ha gustado, además de que se ha convertido en mis vacaciones.

—Pues tenga la bondad de decir a mis abuelos que me encuentro muy bien. Acabo de enterarme de quien soy, pero estoy con el hombre al que amo y, en cuanto asimile esto, tendré mucho gusto en ir a verles si ellos así lo desean.

—Así se lo diré. Gracias y mi enhorabuena.

Hellen colocó su mano izquierda en el pecho de Hikari y reposó la cabeza escuchando los latidos de su corazón y oliendo su perfume, mientras veía a aquel hombre alejarse.

—La comida señores —dijo el camarero—. Y enhorabuena.

—Gracias —dijo Hikari rodeando a Hellen con su brazo derecho, al tiempo que el camarero servía la mesa.

—Es una ocasión especial, ¿desean un postre para la ocasión?

—Si puede ser...

—El Athenaeum Club se complace de ser el escenario de un evento

como este y está encantado de poder colaborar con ustedes. Le traeremos uno.

Se sentaron una frente al otro sonrientes. Hellen no estaba acostumbrada a llevar anillo, pero sentía que únicamente con ese ya este vestida, pues no solo cerraba un círculo, también recibía algo que le pertenecía.

Decidió comer y no pensar demasiado, la vida era para vivirla, no para pensar y recordar una y otra vez las cosas que le sucedían y que le servían para bloquearse y sentirse enferma.

Comieron en silencio. El plato escogido por Hellen era bastante típico en los domingos pero hicieron una excepción, pues la joven había escogido el Sunday Roast, consistente en carne con patatas asadas, yorkshire pudding, salchichas y verduras.

Hellen no deseaba decir o hacer algo que incomodara a Hikari, pues era un buen día y habían sellado un amor puro, pero le preocupaba que en las semanas anteriores todo le afectaba y en ese momento era al contrario. Quiso hablar, mas al ver que él sonreía, guardó silencio.

—¿Sucede algo? —preguntó curioso, al ver que ella le observaba.

—Mi intención no es que pienses mal, y menos de mí —respondió entristecida—, pero hasta ahora todo me ha dañado mucho. Se supone que lo de hoy...

—Hellen —dijo Hikari tranquilo—, lo de hoy es tu deseo, si crees que tus sentimientos son confusos, la verdad es que no es así. Tu saber lo que quieres y lo que sientes, estas tranquila porque lo que tu mente y tu corazón tienen, es lo que quieren y necesitan. Dentro de un rato te sentirás muy cansada. Descansaremos aquí.

Siguieron con la comida y aceptaron el postre con el que Club les obsequiaba: Marcha Roll Cake. Un postre típico japonés elaborado con marcha y anko.

La pareja lo degustó con placer, abriendo sus sentidos y agradecidos por

el horizonte abierto, con los tiernos recuerdos de una infancia lejana pero dulce, en la cual todo los domingos saboreaban aquel mismo.

—Vamos a descansar —dijo Hikari una vez ambos terminaron.

Cogidos de la mano, emocionados y agradecidos de la vida, tomaron la llave que les dieron en recepción y siguieron al camarero que les llevó a la habitación.

Allí, la cama doble, les esperaba con dosel. Era una hermosa habitación completa, fresca y cómoda. Hellen sentía como si aquel lugar fuera el que la vida le daba para una noche de bodas.

Se sentó en la cama sintiendo la resistencia del colchón, al mismo tiempo que la comodidad y suavidad de las sábanas y el edredón, justo cuando llamaron para entregar la muñeca limpia y seca.

—Gracias —dijo Hikari una vez la recogió.

—De nada —dijo el camarero—, si necesitan algo, no duden en pedirlo.

Hikari cerró la puerta y se giró mostrando a Hellen una muñeca cuidadosamente lavada y perfumada, que la joven tomó con una amplia sonrisa.

—¿Sabes? Yo tenía idea de quien eras, pero creí que tu me habías olvidado, hasta que te vi con ella —dijo sentándose en el sillón frente a su amada—. Al igual que tu, tenía un recuerdo lejano de una niña en la cual el rostro parecía borroso, sin nada determinado. Al no existir fotografías, es difícil.

—Lo entiendo —dijo con una sonrisa—. Por eso la tomé. Lo que no entiendo es el motivo por el cual no hay fotografías.

—Ah, eso. Las fotografías quedaron todas en Japón. Los Fujioka son sus propietarios.

—Creo que empiezo a comprender. Descansemos, estoy muy cansada, por favor.

Hellen supuso que Hikari quizás no iba a resistir, pues al fin y al cabo, ella era una mujer y él un hombre, ambos durmiendo en la misma cama después de una gran comida, de un postre que les transportaba a la infancia y de un compromiso. Le resultaría difícil y ella desconocía qué hacer.

Se desnudó tras ser echadas las cortinas, quedando tan solo con la ropa interior, temiendo que él se lanzara sobre ella, y más cuando tras colocar la muñeca en el sillón, observó como él también se desnudaba y la invitaba a acostarse.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se ponía el pijama— ¿Tienes frío? ¿Te sientes mal?

Hellen negó con la cabeza temblando de frío. Se puso el camisón que había bajo la almohada y que le estaba algo grande, pero era algo y estaba agradecida. Desconocía como se hacía el amor, lo poco que sabía era por lo leído en los libros de texto. Las películas que había visto no la ayudaron mucho, además de los besos y de que ambos estaban desnudos, lo que seguía le era desconocido y desconcertante.

Se sentó en la cama destapada. Apoyó la espalda en el cabecero acolchado. Se cubrió las piernas con el edredón antes de hablar:

—En otra época, las institutrices y doncellas de las damas se encargaban de explicar a las jóvenes, todo lo relacionado con el acto sexual, pero ahora...

—Hellen, ¿qué dices? —preguntó curioso— Yo no voy a hacer nada si tu no lo deseas o no estas preparada. Creo que lo mejor para hoy es que descansemos los dos. Ven, descansa conmigo.

Hellen sonrió. Se tumbó junto a él, utilizando su pecho como almohada, con la mano izquierda a lo largo de su cuerpo y la derecha en el pecho. Hikari la rodeaba con sus brazos.

Allí, ambos dormidos, fueron recibidos por la brisa nocturna que bailaba con las cortinas de al ventana, que daba al patio del Club donde unas cigarras

cantaban al son de unas notas que nadie mas que ellas oían, pero que en la noche, con la luz de la luna alzándose orgullosa, parecían hacer sonreír a las estrellas.

Capítulo 13

Hellen apenas sí durmió un par de horas. No tenía frío, pero sí la sensación de que los espíritus volvían a estar deseando devorarla desde las sombras, observándola mientras descansaba al lado de los pies de la cama, junto a la puerta, en el baño abierto o entrando por la ventana.

Comenzó a temblar de miedo, pues no solo veía las sombras con total claridad, también veía que se acercaban despacio, con terribles risas burlonas y armas blancas esperando acabar con su existencia.

—No tiembles Hellen, no hay fantasmas en la habitación —dijo con tristeza mientras la acariciaba—. Yo te cuidaré.

Hellen dejó escapar un profundo suspiro e intentó estar relajada, pero no lo conseguía. Abrir los ojos era algo impensable, pues veía aquellas sombras, aquellos rostros desfigurados cuyas facciones no parecían humanas ni de otro planeta, mas bien del Inframundo. Pero tener los ojos cerrados era algo semejante a dejar que al matasen, pues en cualquier momento podía ser secuestrada, si su corazón no se callaba antes.

—Mujer, calma. ¿Qué te pasa? —preguntó Hikari mientras encendía la luz de la mesilla.

—Tengo miedo —respondió intentando no romper a llorar.

—Tus miedos son desde pequeña, los has tenido siempre —dijo él moviéndose con cuidado para ponerse en pie y acomodarla—. Intenta respirar tranquila. Mira lo que hay en la habitación, verás que no hay ningún fantasma.

—¿No te ríes de mí? —preguntó ella limpiándose las lágrimas con el pañuelo que él, con humildad, le entregó.

—No tengo motivos —respondió acariciando su cabello con dulzura al tiempo que se sentaba al lado de ella—, los has tenido toda la vida. Y mis padres siempre aconsejaron al tuyo que te llevaran a un médico, pero ahora

que ahora 18 tal vez puedas ir.

—Supongo...

—Pero aún queda una opción, pues si aún no consigues dominarles...

Hellen se incorporó un poco en l cama y le observó. Las palabras de Hikari salían de su boca, pero ella no conseguía escuchar nada, no comprendía, no había el menor sonido a su alrededor. Al contrario de lo que podía pensarse, ella se sentía aliviada, no necesitaba bajo ningún concertó, oír el sonido de un cuchillo al que afilaban, de unas tijeras que cortaran, como tampoco el sonido atronador de un trueno. Sabía que había tormenta debido a la luz insistente de los relámpagos.

—Cerraré la ventana —dijo Hikari ya en pie—, no sea que mojemos toda la moqueta.

Hellen seguía sin oír nada, pero sí podía ver que Hikari cerraba las ventanas y se aseguraba de que la del baño también permaneciera así, para a continuación, volver a la cama donde quedó sentado.

—Llamaré que nos traigan un té. ¿Cuál te apetece? —preguntó, observando a la joven que le miraba sin decir nada, como ausente—. Veré si tienen Ulongcha o, por el contrario, un rooibo de vainilla.

Llamó. Se tuvo que conformar con el rooibo pero pudo ver que Hellen se lo tomaba sin azúcar. Le hizo ilusión. En Japón no se le echaba azúcar ni otro edulcorante a ningún té, a excepción, claro está, del té negro. La joven mantenía esa costumbre pese al tiempo transcurrido, lo que le dio una pequeña idea, pero no pudo decir pese a tener una batalla consigo mismo, para no hablar cuando el silencio era lo más recomendable.

Sobre todo, porque la joven comenzó a bostezar y se tumbó. Quedó dormida en cuestión de segundos.

—En fin, luego hablaremos —dijo él dejando su taza vacía en el plato y este en la bandeja—. Cuando salga el sol, la cosa será distinta.

Se tumbó al lado de ella, rodeándola con sus brazos y besando su frente, pero no apagó la luz, pues temía que ella se desvelase y el miedo volviese de nuevo .

—Te amo Hellen —dijo en voz muy baja—, te ayudaré con ese miedo atroz que tienes, lo prometo.

Se durmió a su lado, mientras fuera, la tormenta aumentaba cada vez más, como si quisiera limpiarlo todo para que la suciedad desapareciera.

Mas la lluvia no cesaba, ni cuando se suponía que tenía que salir el sol con la llegada del nuevo día. Continuó con su insistencia, refrescando el ambiente, y obligando a la pareja a permanecer en el Club, pues no tenían ningún medio de transporte.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hellen en el vestíbulo acompañada de Hikari observando la lluvia caer sobre los cristales.

—Quedarnos aquí —respondió resignado—. Voy a preguntar por estar aquí.

Hellen quedó en silencio. Observó a Hikari acercarse a recepción. Ella no tenía ningún motivo para no esperar al Conde. Habían pasado varias horas y no podía llamar porque desconocía donde se encontraba su móvil, pero en el Club había teléfono. La luz de la idea lució más brillante que nunca.

Se dirigió a recepción donde pidió llamar.

—Por supuesto —dijo el hombre señalando el aparato.

Hellen marcó el número de teléfono de su padre, con al esperanza de que estuviera allí y tomara el auricular, aunque no tuvo suerte. Esperó primero con paciencia y a continuación, con más impaciencia a medida que el teléfono sonaba, hasta que saltó el contestador. Resignada, no dejó ningún mensaje, se limitó a colgar.

—Gracias —dijo con tristeza.

—Lamento que no haya tenido suerte, puede intentarlo más tarde si lo

desea —dijo el hombre—. Su novio ha subido a la habitación, en un rato bajará, si desea algo, únicamente ha de pedirlo.

Hellen no dijo nada. Volvió despacio a la ventana y cruzada de brazos, se quedó allí, con la mente en blanco, pensando en una sola cosa: Hikari.

Durante años aquel niño sin rostro la acompañó , la hizo sentir bien, la tranquilizaba e incluso en las noches de mucho miedo, si era capaz de enfocarse en él, el miedo no le era tan atroz. Existía también un pequeño detalle. Cuando pensaba en él, el trato de sus amigas no el resultaba tan doloroso.

Esos pensamientos la hicieron transportarse a un tiempo en el que ciertas historias la aterraban y nadie le explicaba nada. Primero, porque su padre no tenía tiempo. Segundo, porque le daba vergüenza.

—Perdona, pero anoche no terminamos de hablar, y me gustaría que pensaras en algo —dijo Hikari regresando a su lado mientras se comía una galleta y ofrecía otra a la joven, fija su mirada en que la joven se había puesto la comisa que le había comprado. ¿No has pensado en que puedes temer a un yurei?

—¿Yurei? —preguntó ella extrañada, tomando la galleta sin comerla, la palabra dicha por él le resultaba conocida, pero no conseguía saber que tenía ella que ver con aquello.

—Sí, yurei.

Hellen intentó pensar, pero únicamente conseguía ver el rostro de su padre contándole una historia, mas no recordaba que era lo que contaba.

—Creo que es una historia —dijo pensando al tiempo que se limpiaba los labios, con la servilleta de papel donde él le entregó el dulce.

Hikari se limitó a sonreír. En realidad, los yureis no eran una historia, eran una leyenda que procedía de muy pasado lejano, cuando los espíritus de la naturaleza dominaban la vida de los hombres y les castigaban severamente

si alguno incumplía su deber, pues esos yureis, no eran otra cosa que seres humanos que se quedaron en la tierra atormentados por los sentimientos de rencor, odio y amor.

—Dime, ¿qué es un yurei? —preguntó Hellen curiosa, deseando una explicación.

Hikari se explicó lo mejor que pudo sin dar excesivas explicaciones, pues al fin y al cabo eran leyendas que todos los niños conocían, no iban a tener problemas por un hecho como ese, aunque supuso que quizás pasó algo en su infancia de lo que no contó a nadie y, por lo tanto, nadie sabía.

—Pues se asemeja mucho a lo que me aterra —respondió ella—, pero no sé si será eso o no.

—No pienses demasiado, puede que simplemente quieras ir a Japón. ¿Has ido alguna vez? Desde que viniste quiero decir.

—No, nunca. Quería, en ocasiones hablar con mi padre, pero él nunca podía, siempre estaba triste y si pedía hablar sobre mi madre, rompía a llorar.

Hikari no dijo nada, pero el hecho de que la joven tuviera esos terrores apenas unas semanas antes de partir y que el silencio rodeara su vida después de llegar, le decía mucho.

—¿Tu hablabas de Japón con tu padre? —preguntó ella sacándolo de sus pensamientos al tiempo que se alejaba de la ventana para ocupar un sofá de dos plazas junto a una pequeña mesa de lectura donde se encontraba un ejemplar del periódico Times.

—Sí —respondió con calma mientras se sentaba en el sofá al lado de ella con el ejemplar en la mano—. Hablábamos, pero poco, ya que mi madre no quiso venir a Londres y eso dolió mucho a mi padre. Al principio parecía que sí lo superaba, pero no pudo y desde hace unos meses, cuando le accedieron se terminó de hundir.

—Lo siento mucho, no sabía nada de eso.

—Ni yo lo cuento a todo el mundo —respondió ojeando el periódico—, los japoneses solemos guardar muy bien nuestras cosas, pero tú eres diferente y lo sabes. Pero quizás debí haberte hablado antes de ciertas cosas, mas no estaba seguro del todo de que tu eras aquella niña.

—¿Es por ello que él quiere que seas oficial? —preguntó Hellen con el deseo de que el joven no se guardara nada, o al menos, no mucho.

—Sí —respondió cerrando el periódico y flotándose las manos con nerviosismo al tiempo que clavaba la mirada en el suelo de mármol—. Él es oficial por cumplir el deseo de mi abuelo que lo era por el deseo del suyo que, a su vez, era oficial después de haber salvado la vida a un rey o una reina, qué sé yo. No quiere que rompa la tradición, pero a mí me falta disponibilidad.

—Comprendo —dijo Hellen tranquila—, pero estoy segura de que tu padre lo entenderá si le cuentas lo que pasa.

—¿Estás segura? ¿Has visto la casa?

—Sí y sí —respondió colocando sobre el hombro de Hikari su mano—. Estoy segura. Mira lo que pasó ayer. En menos de dos días me entero que mi padre no es mi padre y que mis abuelos desean saber de mí, pero yo de ellos no sé ni donde viven. Si yo comprendo eso, tu padre también puede comprender.

—Gracias, Hellen.

—Te la debía.

—Oye, ¿qué va a pasar con la entrevista? —preguntó curiosa, se había fotografiado para ella, al igual que el Conde y tenía ilusión.

—Se publicará la semana que viene —respondió sin darle importancia—. He pedido ayuda aquí y me han cedido una tablet—. No es lo mejor, pero sí me permitirá enviar el texto y las fotografías. Ellas estaban en mi pc, pero hizo una copia que envié a mi propio email, desde la tablet puedo acceder.

—Estoy segura de que el Times te contratará y de que el Conde estará encantado —dijo sonriente—. Pero ¿lo mío te complicará las cosas? No deseo tal cosa.

—Lo tuyo me ha liberado, me ha abierto la mente y ha hecho posible que las cosas tengan un motivo y yo una meta mayor a mí mismo —dijo con tristeza en la voz—. Eso no te lo podré pagar nunca.

—Ya lo has hecho —dijo ella con tranquilidad—, ayudándome con mi pasado.

Para Hellen era emocionante poder disfrutar de una vida, en la que el pasado quedó atrás, en el que las preguntas tenían respuesta, y lo acontecido, le enseñó ambos lados de la moneda que era la condición humana.

—A veces opinamos sin saber —dijo al tiempo que se ponía en pie y cruzada de brazos, observó a Hikari—. Creemos que tenemos la razón y para nosotros es así, pero no para los demás. Convivir es imposible sin antes no respetamos a los demás y ellos nos respetan a nosotros. Exigir a un adulto es imposible, pero más aún es intentar quitar a alguien una obsesión cuando ese alguien se cree superior a nosotros. Todos los hombres y mujeres valemos lo mismo, por lo que si algo tengo claro es que si alguien se cree más que yo, le aparto de mi vida igual que a una cucaracha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó clavando en la joven su mirada.

—Ni yo misma lo tengo claro del todo —respondió avergonzada—, soy una niña tonta.

—Eso no es cierto —dijo de repente, soltando sin miramientos el periódico en el sofá y colocando sus manos sobre los brazos de ella—, tu no eres una niña y mucho menos tonta, mas bien me pareces una mujer que reclama sus raíces. Has hablado igual que tus abuelos.

—¿Mis abuelos? —preguntó casi inmóvil, con un leve movimiento de cabeza pero sin girarse— No sabía nada de ellos y en cuestión de horas he

oído dos veces o más.

—Sí, tus abuelos —respondió él con calma—. Los señores Fujioka son buenas personas, muy sabios. Si lo deseas, algún día podríamos ir. Pero tomemos las cosas con calma. ¿Qué te apetece hacer?

—Estar contigo —respondió al tiempo que se giraba y, mirando a Hikari a los ojos, le habló — y que me jures que no vas nunca a dejarme.

—Lo juro.

Se fundieron en un fuerte abrazo sellado con un beso sincero, en el que lo único que existían eran ellos dos, sin importarles que en el Club entraban dos hombres que dejaban sus paraguas en la entrada.

Capítulo 14

El Conde no tardó en detener a su amigo, al ver que los jóvenes se estaban con cariño.

—Se comprometieron ayer —dijo uno de los camareros—. Les hemos dado una habitación doble y les dimos gratis el almuerzo y la cena.

—Muchas gracias, han sido muy amables —dijo el Conde entregando una moneda al camarero quien agradeció la propina con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Es un placer para nosotros —dijo el camarero—. Si desean algo, nada más han de pedirlo.

Se acercaron a los jóvenes que, al verles, se avergonzaron un poco, aunque Hikari no soltó la cintura de Hellen, ni esta apartó la mano derecha del pecho de su amado, donde también colocó la cabeza, mientras su mano izquierda se agarraba con fuerza a su camisa por detrás. No iba a permitir que la separasen de él. Lo amaba. Era el hombre de sus sueños, la llave del pasado, el sol que iluminaba el camino que llevaba a la meta.

—Padre...

—No Hikari —dijo su padre por primera vez desde que dejaron Japón—, no tienes nada que decir. El Conde y yo hemos estado hablando y ya está todo dicho hijo. Yo he ignorado tus palabras durante mucho tiempo y te pido perdón por ello. Por favor, no me lo tengas en cuenta, entendí mal la situación. Te arrastré conmigo y perdí a la mujer de mi vida. Nunca debimos haber dejado Japón, como nunca debí forzarte a que siguieras mis pasos.

—Padre, es lógico, el deber y el honor de la familia están en juego —dijo Hikari abrazando a Hellen—. Nada he de perdonar.

—Pero hijo, ese es el problema, el honor de la familia no está en juego, no hay nada en juego además de tu felicidad y la de Hellen, eso es lo

principal. Forzarte a hacer algo que no deseas y no te hará feliz, no va a ayudar a nadie. Supongo hijo que hay mucho de lo que tenemos que hablar.

—Sí, supongo que sí —dijo cabizbajo.

—¿Tienes tiempo y ganar? —preguntó entristecido, con el deseo ardiente de que su hijo fuera feliz y no se apartara de él. Aquel joven era lo único que tenía.

—Claro —respondió soltando a Hellen—. Escucha, voy a hablar con él, pero si me necesitas me llamas. Un momento.

Dio un beso en la mejilla a la joven y acompañó a su padre a un rincón del jardín del Club donde se iba muy fácil por una puerta abierta, donde ambos hablaron con tranquilidad sin que nadie les molestara.

También el Conde aprovechó para hablar con su hija, la cual no dudó en invitarle a que se sentaran en el sofá y pedir un café, antes de abrir el corazón a aquel que tanto había hecho por ella.

—Lo primero es que me perdones —dijo con la taza de café entre las manos— necesito que lo hagas.

—Hellen no puedo perdonarte —dijo él ante la mirada casi vacía de la joven, por lo que no tardó en hablar con rapidez—, tú no has dicho nada malo ni has hecho mal. Por favor, no te atormentes. *Shinyuu* era muy importante para mí y supongo que no he podido aún superar su pérdida. Tu no te pareces a él, eso ha sido un consuelo para estos años, pero estaría muy orgulloso de ti.

—¿Estás seguro? —preguntó mientras apretaba los puños en el sofá con la intención de no romper a llorar con desesperación.

—Lo estoy —respondió con seguridad—. No llores.

Hellen le abrazó con cariño, dejando atrás las dudas y enterrando en un hoyo muy profundo, la mezcla de sentimientos que desconocía como ordenar o si de veras tenía que hacerlo. Prefirió dejarlo a un lado como cosa perdida, no deseaba cometer errores o dañar cuando aún no lo había hecho.

—He traído algo que creo, debes tener —dijo mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta la fotografía—. Y toma.

Hellen tomó la fotografía. Era de su padre: Fujioka. La observó con atención. Era un agradable japonés que, en la imagen, llevaba el cabello negro por el hombro. Era muy joven, demasiado, pero muy maduro, sus ojos azules lo dejaban claro, así como también que era un hombre firme, decidido, pues era muy derecho, sonriente, con el traje típico japonés en azul.

—Gracias —dijo sin dejar de mirar la instantánea—. La enmarcaré y tendré cerca siempre junto a la tuya claro. En realidad, tengo mucha suerte, pues tengo dos padres. Por cierto, ¿quieres eran los de la otra fotografía?

—Eran tus abuelos paternos —respondió, mientras sacaba de otro bolsillo la fotografía y se la daba.

—Gracias —dijo mientras la veía, comprobando que su padre se parecía muchísimo a su abuelo—. ¿A quién me parezco yo?

—Te pareces a tu abuela —respondió el Conde sin dudar—. Cuando era joven era tan guapa como tu.

—Me gustaría conocerla algún día...

—Mira —dijo mostrando el sobre— tienes el billete de avión para el próximo mes. Zhao y yo hemos estado hablando.

Hellen no supo que decir. Había dos billetes ¿quién la iba a acompañar? Lo quiso preguntar, pero no pudo. Quedó mirando, fija en los billetes.

—Para ir contigo —dijo el Conde sin dar tiempo para que la joven preguntara—, creemos Zhao y yo que debería de ir Hikari.

Ella le observó. Sentí de momento unos deseos tan fuertes de ir a Japón que estaba dispuesta a ir sin equipaje, pero ver a su amado que hacia las paces con su padre, le hizo ver que la paciencia y el tiempo eran necesarios. Debía de marcar un poco más el camino para saber que hacer, y para perder la meta de vista, aunque lo cierto era que comenzó la meta sola, pero la alcanzaría

acompañada de una familia.

—Te necesito conmigo, siempre has sido muy padre el único que he conocido, el que ha estado conmigo, enseñando y ayudando. Dime que vendrás —dijo con la mirada fija en él, igual que cuando de pequeña le pedía un juguete o un pequeño favor.

—Iré —dijo con una leve sonrisa—, si así lo queréis los dos.

La joven, con las fotografías y los billetes, se puso en pie y se acercó a Hikari, quien alargando la mano, tomó la de la joven, orgulloso de tenerla a su lado.

Ella le puso al corriente y le mostró los billetes, que el tomó con pena, pues en un primer momento creyó que se iría con su padre y todo acabaría allí mismo apenas un par de días después de empezar, pero al mirar a la joven, el descubrió con una sonrisa curiosa y él, ya tranquilo, lo comprendió, pues en esos billetes, no había fecha de regreso, eran únicamente de ida.

Mas lo principal era que esos billetes les devolvían donde todo comenzó y de donde ninguno quiso en la niñez salir.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó sin darle tiempo a que él hablara.

—Por supuesto. Por ti voy donde haga falta —respondió ensimismado con la joven y con lo que aquello significaba.

Se fundieron en un bolso apasionado frente a sus padres, quienes les observaron orgullosos.

—Lamento mi comportamiento —dijo con amargura el padre de Hikari viendo lo feliz que estaba su hijo—, no he sido el padre que debí ser.

—Intenta estar tranquilo padre —dijo Hikari con la mirada fija en su padre, y olvidados los problemas que habían padecido, pues él ya lo comprendía del todo, algo que en el pasado no pudo ser—, el tiempo todo lo olvida y todo lo cura. El honor es muy importante para nosotros, no nos quedamos con nada que no nos pertenece y lo que nuestros padres dejan por

concluir, nosotros lo completamos. Aquí en occidente no nos comprenden, pero podemos volver a oriente y regresar a nuestras raíces.

—Sí, creo que es mejor...

—Padre, no lo vea como un fallo, no lo es. El aprendizaje es sabiduría, y eso nos lo llevamos de aquí con creces —dijo Hikari con una sonrisa leve—. Regresamos pero hemos cumplido y recuerde que Japón nunca es final, siempre es el comienzo.

Hellen tomó la mano de Hikari, tras realizar un breve movimiento de cabeza a su futuro suegro en señal de que ella estaba de acuerdo.

—Los dos queremos que vengáis con nosotros. Decid que sí padre, Zhao... —dijo, segura de haber comprendido a su amado.

Hikari asintió. Las palabras sobraban en ese momento, pues al fin y al cabo, ella únicamente había dicho en alto lo que él pensaba, era muy inteligente.

Zhao no supo en un primer momento lo que decía decir, pues era la primera vez que alguien le llamaba así desde el día en el que llegó, pero esa joven lo había cambiado todo y no podía dejar de sentirse un pobre hombre que no hizo lo que debía, aunque tenía una oportunidad para corregir el pasado.

—¿Y qué pasa con tu trabajo? —preguntó el Conde de golpe, suponiendo que el joven quizás no había pensado en ello, pero dispuesto a ayudar por el bien de los dos.

—Puedo escribir en cualquier lugar, gracias a Internet, puedo enviar desde Japón a Londres en segundo —respondió sin dudar—. Gracias por pensar en mí.

Unas palabras

Esta novela que has leído, pertenece a una serie. Próximamente tendrás la siguiente, pero no te voy a dar fecha, comprenderás, lector, que escribir una novela no es algo que puedas decir “para ese día” o “para el siguiente”.

Espero que te haya gustado la novela.

Si deseas consultar algo conmigo, puedes hacerlo en:

- Instagram bajo el nombre de hh1988hh
- Google+ bajo el nombre de Heather Hamilton
- Página web: heatherhamilton.simplesite.com